

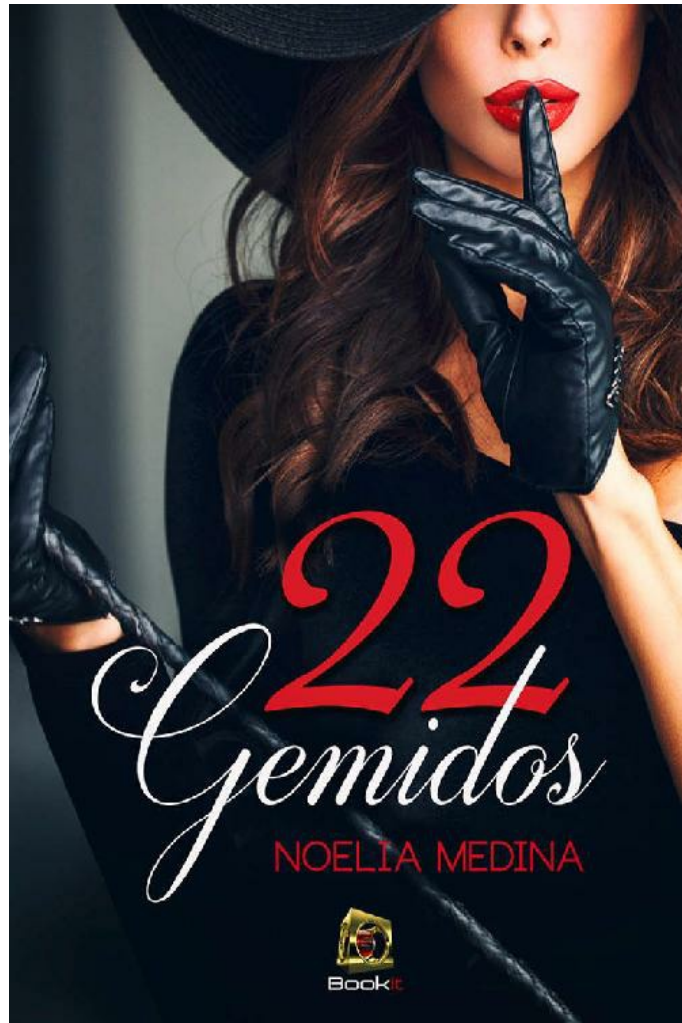


2022
Gemidos

NOELIA MEDINA



BookIt



22 Gemidos

22

Gemidos

Noelia Medina



Reedición: Junio de 2.017

Copyright

© Noelia Medina 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-02-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

A todo aquel que me animó a seguir cuando solo era MissRelatos, porque ese fue el cimiento del edificio de mis sueños.

A todo aquel que me animó a seguir cuando solo era MissRelatos, porque ese fue el cimiento del edificio de mis sueños.

*Masturbarse es hacerle el amor
a la persona que uno más quiere.*
Woody Allen

Índice

· Con las manos en las bragas	9
· Mi mejor amiga, su novio y yo en la piscina...	14
· Masaje erótico en pareja	21
· La niñera	29
· La multa	34
· Habitación 248	38
· Experimentando con mi amigo	45
· La hija de mi socio	49
· Terapia con nueve adictos al sexo	55
· El metro, un espejo y un desconocido	62
· Sexo en el concierto	69
· Swingers	74
· Un viaje de negocios con lo peor de la oficina..	82
· Regalo de cumpleaños	89
· El probador	95
· Cómo aprobé la asignatura de gimnasia	101
· ¿No consentido?	109
· Venganza a mi ex	114
· El padre de mi socio	122
· El amigo de mi hermano	129
· Factor sorpresa	138
· Una despedida de soltera con fusta incluida.....	144

Con las manos en las bragas

Mike Cloud siempre había sido mi punto débil. Ni qué decir tiene, que nunca había comentado nada a nadie y mucho menos a él. El novio de una amiga es intocable; así que el novio de una hermana es algo superiormente intangible.

Aquel miércoles, Sheila me había llamado muy emocionada concertando una cena para esa misma noche en casa. Tenía algo que contarnos y no podíamos faltar ninguno. No puse objeción alguna, el jueves era mi día libre en el trabajo y no me importaba si esa pequeña celebración se alargaba un poco más de la cuenta.

La mesa estaba compuesta por mi padre, en el extremo izquierdo; Sheila y Mike, a su derecha, y mi hermana menor, Megan. En el otro lado, estábamos el hueco vacío de mi madre —que se pasó toda la cena arrimando comida en exageradas cantidades—, y yo.

Tras charlar de cosas sin importancia durante toda la velada, Mike, tan correcto como siempre, sacó una carísima botella de Pernod Ricard y se levantó amablemente a por las copas para poder brindar por la buena noticia. Admiré cada movimiento pausado, su cuerpo alto y robusto, sus modales finos que tanto habían llamado siempre mi atención... Y en mitad de mi embobamiento, habló:

—Nos casamos —dijo con su común sonrisa impoluta y la copa en alto, situado junto a mi hermana.

Tras ello, la besó y nos miró extendiendo la copa hacia nosotros para compartir su felicidad.

Que me pusiera como un tren aquel tío no quitó que me alegrara por ellos. Mi atracción por él llevaba despierta muchos años y había aprendido de sobra a controlarla. A menos que se ciñera demasiado a mi cuerpo cuando lo felicitaba por su compromiso o me besara casi en la comisura de los labios, como pasó aquel día cuando me acerqué a darles mi enhorabuena.

Me removí en la silla durante toda la noche sintiendo el frescor de su aliento en mi comisura, como una adolescente que no quiere lavar el trozo de piel que ha tocado su cantante favorito en el último concierto. Que me tomara varias copas de ese buen champán como la que bebe Champín sin alcohol, no ayudó mucho a aminorar mi excitación.

—Cariño, voy a tomar el aire y quizá a fumar un cigarrillo —oí decir a Mike casi en el oído de mi hermana. Esta solo asintió, sonrió y siguió charlando animadamente con nosotros sobre los preparativos de la boda.

Unos minutos después de la ausencia de Mike, me di cuenta de que estaba mejor alejada de él. Me encontraba bastante mareada y las burbujas del Pernod Ricard

bailaban en mi cabeza burlándose de mí. Me levanté sigilosamente y me dirigí al baño. No necesité excusarme ante nadie, ya que todos participaban fascinados en la conversación sin percatarse siquiera de que había desaparecido del asiento. Entré a mi habitación y reposé unos segundos tras la puerta; el haberme levantado de súbito había incrementado mi mareo. Escuché un leve sonido al otro lado de la puerta de mi baño y, sin pensar mucho más, anduve hasta él con cautela. La puerta entreabierta me dejó la imagen más caliente que había visto nunca. Mike se encontraba de pie, apoyado en el lavabo, con la mano izquierda masajeando muy despacio su pene y la derecha en su cara con mis bragas negras de encaje de la noche anterior, que recordaba perfectamente haber echado al cesto de la ropa sucia. Me quedé en silencio observando cómo olía con esmero la entrepierna y su miembro se hinchaba más.

Era perfecto. Todo en él era perfecto. La corbata levemente torcida, el pantalón con la cremallera desabrochada y su falo oscuro, grande y venoso asomado. No me atreví a decir nada. Contuve la respiración y, sin poder evitarlo, levanté un poco el vestido y aparté mis bragas a un lado.

«Lástima que no esté oliendo estas», pensé.

No me sorprendí al encontrar mi vagina demasiado lubricada y el clítoris hinchado. Aquello era más de lo que podía imaginar. Siquiera hizo falta estar presente ante él para notar cómo le excitaba. Su boca se entreabría jadeando levemente mientras sacudía, ahora ya, su polla energicamente e inhalaba mi olor como el mejor de los manjares. Mis ojos se cerraron al imaginar las veces que Mike habría hecho aquello cuando estaba en mi casa, o las veces que habría fantaseado con tener mis bragas cerca.

Estaba a punto, el orgasmo llegaría a mí en pocos segundos si no me controlaba, pero no podía parar. Mis manos no respondían a ninguna orden que no fuera la del placer que le proporcionaba, así que seguí frotando con ímpetu mientras bombeaba dos dedos en mi interior y, sin más, me estremecí hasta el punto de fallarme las piernas y caer de rodillas al suelo. Lo miré desde mi nueva perspectiva a la vez que me corría y pensaba en las ganas que tenía de entrar y seguir arrodillada ante él, proporcionándole todo el placer que yo acababa de sentir. Uno de los orgasmos que mejor me habían sabido e incluso así, me había quedado deseosa de más. Mucho más.

Mike echó la cabeza hacia atrás ante mi atenta mirada, bajó las bragas sin dejar de pajearse y la colocó ante su miembro, bañándola con su leche mientras gemía y las miraba con deseo intentando ocultar un gruñido que salió de manera leve pero ronca de su garganta. Apartó la mayor cantidad posible con un papel, las devolvió al cesto de la ropa sucia, se lavó las manos y recolocó su compostura. Él, un hombre fino, elegante, educado... Él, que nunca se salía del tiesto, acababa de culminar sobre la ropa interior sucia de su cuñada, poco antes de su boda.

Intenté moverme rápidamente y salir de allí, pero la torpeza del champán no me lo permitió. Mi cuñado abrió la puerta y me encontró con el vestido subido en un patético intento de levantarme del suelo. Y sé que os encantaría leer que me atrapó entre sus brazos y me encerró en el baño a empotrarme contra el lavabo, pero no fue aquello lo que ocurrió. No cruzamos una sola palabra. Él salió primero con los ojos de par en par hacia la terraza y yo salí después de recomponerme a sentarme en la mesa, donde apenas habían notado mi ausencia.

Y la cena siguió tal cual sin dirigirnos ni una sola mirada. Después de todo, era el prometido de mi hermana.

Mi mejor amiga, su novio y yo en la piscina

Éramos unas trece personas en la barbacoa. Después de todo el día comiendo, bebiendo, riendo y bañándonos, nos relajamos un poco hablando en las tumbonas, junto a la piscina. Las cervezas ya no pasaban desapercibidas y cada vez se me subían más y más a la cabeza. Por supuesto, mi prioridad en aquel lugar como en cualquier otro era Sara, mi mejor amiga, con la que pasaba día tras día compartiéndolo todo y hablando de cualquier tema, predominando el sexo en el que tan parecidas éramos a la hora de actuar. Así que poco a poco, con la charla y las risas, fueron desapareciendo amigos a las tiendas de campaña y a las habitaciones correspondientes interiores, quedándonos a solas Sara, su novio Abraham, con el que tenía tanta confianza como con ella, y yo.

Empezamos a hablar de sexo, fantasías e historias eróticas del pasado, cosa muy común cuando nos juntábamos y bebíamos. Sara y yo habíamos hablado muchas veces de aquel tema y entre risas le contamos que nuestra mayor fantasía era hacer un trío con otra mujer para probar esa nueva experiencia, pero que solo era eso, una fantasía.

De un momento a otro de la conversación se acabaron las risas, Abraham nos miró con rostro serio y, me atrevería a decir, con una pizca de lujuria en los ojos. Habíamos comenzado a especificar más de la cuenta y nuestro estado estaba pasando factura. Así que, para no incomodar la situación, cambiamos el tema de nuestra fantasía detallada y le preguntamos a él.

—¿Cuál es tu mayor fantasía, Abri?—cuestioné.

—Un trío también. —Sonrió de lado mirándonos a las dos con detenimiento—. Preferiblemente con una morena y una rubia. En una piscina. Ahora.

Lo dijo tan rotundo, tan serio y pausado, que dio la sensación de que estaba esperando mi pregunta. No contestamos ni hicimos absolutamente nada, pero yo noté un fuerte pinchazo en mi vientre y percibí cómo mi bikini se humedecía tontamente con un simple comentario. Miré a Sara, después a Abraham y me di cuenta de que ellos esperaban una respuesta mientras me devolvían la mirada. Solté el vaso de mi cubata al lado de la tumbona y me dirigí sola a los escalones de la piscina, donde me senté mientras ellos se acercaban a mí sin necesidad de pedirlo. Solo nos alumbraban unos ridículos focos que habitaban en el interior del agua, y solo nos separaban de los demás una puerta y un salón. Pero aquel detalle pareció no importarles porque, sin demora, Abraham, con firmeza pero suavemente, sujetó nuestras cabezas y nos acercó para que nuestras bocas se unieran y nos besáramos. Rozamos nuestros labios de

manera leve, con rubor y, finalmente, unimos nuestras bocas en un beso húmedo y caliente. En una lucha de dos lenguas vivaces, deseosas de experimentar.

Nunca había besado a una chica ni había imaginado que podía ser algo tan caliente y morboso.

Abraham nos observaba embelesado.

—Me gusta este juego —susurró cerca de nosotras mientras nos devorábamos las bocas y comenzábamos a tocar nuestros pechos por encima del bikini—. Y hoy jugaremos a hacer todo lo que os pida.

Me puse cachonda. Muy muy cachonda. Y por la expresión de Sara y sus pupilas dilatadas supe que ella también.

—Quiero que empecéis vosotras. Mojaros en el agua completamente y después, Inma, quiero ver cómo te comes el coño de mi novia en los escalones de la piscina.

De repente sentí que la excitación había hecho desaparecer el reparo y la vergüenza. Sara también ayudó a ello demostrando que tenía las mismas ganas que yo de probar aquella experiencia de la que tantas veces habíamos hablado. ¿Cómo sería? ¿Nos gustaría tanto como habíamos pensado? ¿Lo deberíamos dejar mejor en una simple fantasía y no estropearlo? Miré alrededor por si alguien se hubiera despertado y, lentamente, descendí hasta dar con la parte inferior de su pequeño bikini rojo. Lo eché hacia un lado y, sin pensarlo, empecé a lamerla con la misma técnica con la que me gustaría que me lo hicieran a mí. Primero despacio, con suaves lametones en su clítoris, devorando sus labios vaginales y degustando aquel sabor que tantas veces había imaginado y que sabía más bien incluso que en mis fantasías. Fui subiendo la intensidad de mi lengua mientras incrustaba dos dedos en su interior para masturbarla, al mismo tiempo con la otra mano abría sus labios para poder comerla entera. Su clítoris crecía, se inflamaba y cogía un color rosado casi rojo que me volvió loca, consiguiendo que lo succionara hasta arrancarle gemidos profundos.

Mientras tanto, Abraham desenfundó su miembro, se colocó al lado de ella y se lo metió en la boca de una estocada que Sara recibió gustosa. Me gustó ver la imagen de mi amiga sentada en el primer escalón con las piernas abiertas, conmigo dentro lamiendo su perla y Abraham a su lado, con una polla dura, grande y venosa que ahogó los gemidos de ella mientras se corría para mí.

Una vez acabada mi tarea, Abri me pidió que me arrodillara y se la chupara junto a Sara. Lo hice encantada, era algo que provocaba mucho morbo en mí y que me moría de ganas por probar. Me coloqué a su lado, la miré esperando su aprobación y chupé con ella. Apretaba los testículos suavemente con mi mano y jugaba con la lengua en su perfecto glande mientras Sara le escupía pícaramente para lubricar y paseaba la boca a lo largo de su polla. Después, alternándonos, nos lo introducíamos de arriba abajo con más intensidad, chocando contra nuestras gargantas que salivaban

en grandes cantidades, mirándole fijamente a los ojos mientras él empujaba nuestras cabezas con sus manos, agarrándonos por los pelos empapados. Se iba a correr, las dos nos dimos cuenta y nos quitamos rápidamente; no queríamos que aquel espectacular juego acabara tan pronto. A Abraham se le curvaron las comisuras de los labios dejando aparecer casi una sonrisa.

—Sois unas zorras incansables.

Me tendió bruscamente a lo largo del escalón y colocó a Sara entre mis piernas para que probara mi coño de la misma manera que yo había hecho con el suyo, a la vez que él se la follaba duramente desde atrás.

—Cómo me ponéis, me va a reventar la polla —susurró con un hilo de voz mientras embestía por detrás a mi amiga.

Casi me corro al escucharlo y notar a Sara lamer mi clítoris extremadamente despacio al mismo tiempo que tiraba de mis pezones con firmeza. Metió su pequeña pero sigilosa lengua en mi agujero tímidamente y lo penetró con ella de manera profunda. Salivó y escupió sobre mi perla para empaparla y chuparla con ansias, haciendo desaparecer el rubor de la misma manera que me había ocurrido a mí un rato antes.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Me encanta.

—¿Tanto como pensabas?

—Más de lo que pensaba.

Y volvió a atenderme, a chuparme y devorarme haciendo que tapara mi boca para no gemir mientras cerraba los ojos concentrándome en el foco de calor asfixiante que me recorría entera, y me atrapaba en mi zona más íntima, haciendo que estallara de una manera increíble en su boca.

Abraham apartó a Sara y se colocó entre mis piernas, encima de mí. Comenzó a embestirme con ferocidad mientras me miraba cargado de excitación.

Quién me iba a decir a mí que un día tendría al novio de mi amiga encima, follándome como un poseso a la vez que ella se tocaba observándonos. Continuó bombeando dentro de mí, amenazándome con un nuevo orgasmo que llegó como una ola, chocando contra una roca, y me desarmé de una manera indescriptible, entre gemidos contenidos en el silencio de la noche y maravillosos espasmos. Abraham aceleró el ritmo al notar cómo su polla era atrapada por mi vagina que la devoraba entre convulsiones y fluidos. Salió de mi interior y se puso de pie. Nosotras, automáticamente, nos colocamos de rodillas bajo él, esperando con ansias su semen que no tardó en llenar nuestros rostros impacientes.

La noche concluyó con tres cuerpos sumergidos en el agua, la luna reflejada en ella, tres fantasías cumplidas y la promesa de volver a repetir.

Masaje erótico en pareja

Las luces de las velas son tenues, anaranjadas, casi inexistentes. El ambiente debería ser tranquilo y acogedor y, aunque cumple todos los requisitos para serlo, noto la tensión que emanamos. Estamos solos, a la espera de que alguien entre y todo comience.

«¿Cómo serán?», me pregunto como una tonta, pues hemos sido nosotros mismos quienes los hemos elegido. «Pero ¿serán como en la foto? ¿Nos habrán engañado?».

Detengo mi mente e intento acompasar el pulso, relajarme y disfrutar.

Nuestros rostros son los únicos que tienen algún contacto. Estoy tumbada boca arriba, observando el techo, insegura de mirarle a él, insegura de que se arrepienta en cualquier momento, que me arrepienta yo. Sucumbo a la tentación y le miro de reojo; está ojeando hacia arriba con la misma intranquilidad que yo, completamente desnudo con una toalla pequeña y blanca que cubre su parte más íntima.

—Deberíamos relajarnos y disfrutar todo lo posible, ya sabes las condiciones...
—digo.

—Claro, tú también.

Gira el rostro y me sonrío.

—¿Y si uno quiere llegar a más y el otro no? —le pregunto.

—Supongo que la situación se encargará de todas esas cosas. Tranquila, lo hemos hablado muchas veces.

Vuelvo la vista al techo y él me da un beso en la mejilla. Estamos sobre dos camillas de masajes comunes que se encuentran pegadas por la zona de la cabeza para poder tener algún contacto cercano con tu pareja. Mis piernas terminan en un extremo, las de Alejandro en el otro totalmente contrario. No es incómodo estar desnudos, al menos para mí no lo es, es más incómoda la inseguridad, el miedo que me produce lo desconocido, pero para ello estamos aquí, ¿no?

Un masaje erótico como regalo de cumpleaños, le había propuesto entre risas una tarde de domingo cualquiera después de echar un buen polvo. Él me dijo enseguida que sí, que estaba dispuesto, aunque yo dudé de tanta seguridad, pues a Alejandro no le sobraba. De igual manera, pensarlo me excitó. ¿Y si no solo disfrutaba él de aquel regalo? ¿Y si nos permitíamos disfrutar los dos por igual? Muchas veces habíamos fantaseado con incluir experiencias nuevas a nuestra relación, y no porque nos fuese mal, estuviésemos hartos de la monotonía o algo por el estilo. Al contrario, cada año que pasaba la confianza crecía más y más, llevándonos a fantasear con incluir experiencias o personas nuevas, aunque todo poco a poco.

Una puerta se abre, devolviéndome a la actualidad. Tras el umbral de esta,

aparecen los masajistas. Pau y Leire; nombres ficticios, seguramente. Ella es rubia, no muy alta, con un cuerpo espectacular y solo cuenta con una corta bata de trabajo que deja entrever más de lo que tapa y unos tacones altos. Pau es moreno, alto, musculoso y solo resaltan sobre su piel tostada unos pantalones largos blancos, dejando desnudo un torso demasiado apetecible.

Se presentan, se acercan, nos sonrían con calma, transmitiéndonos tranquilidad. Leire rodea la camilla de Alejandro y se posiciona a su lado, Pau hace lo mismo conmigo.

—¿Estáis bien? Empezaremos con calma, con un masaje relajante. Si os apetece continuar, se continúa, si os apetece parar o prohibir zonas, solo tenéis que decirlo.

Los dos asentimos a Pau y volvemos a mirar al frente.

—Genial. Daos la vuelta, vamos a comenzar. Y disfrutadlo mucho.

Obedecemos en silencio, echándonos la última mirada, y nos colocamos boca abajo, con la cara metida en el típico circulito. Una música relajante comienza a sonar en la estancia, consiguiendo destensarme un poco. Siento las manos del chico sobre mi piel, pero no me sobresaltan. Están templadas y colmadas de algún tipo de aceite. Las mueve por mi espalda, arriba y abajo, primero suave como un roce, después marcando más sus dedos. Sabe dónde y cómo tocar. Sube hasta los hombros y los masajea un buen rato, vuelve a bajar al centro de mi espalda, mi cintura... Y siempre, de manera suave pero firme, se mueve sobre la zona superior de mi cuerpo.

La música ahora me parece más alta, más destacable. Los ojos se me cierran, mostrándome que al fin estoy verdaderamente relajada. Pienso en Alejandro, ¿cómo estará él?

Las manos de Pau bajan hasta mis piernas, las aprieta, masajea y relaja. Suben y bajan con continuidad, estremeciéndome de placer. Creo que nota cómo voy entrando al terreno. Ya no tengo miedo ni inseguridad, y ello me permite pensar en él como hombre y no como masajista. En sus grandes manos, su cuerpo musculoso, su sonrisa amplia y segura... Y mi toalla desaparece, dejando mi trasero libre ante sus ojos, pero él no ataca directamente. Espera con paciencia a masajear mis piernas unos minutos más y de manera esporádica sube hacia la zona de mi cintura rozando mis glúteos. Se detiene en ellos de una vez por todas y los masajea con bastante aceite aromático. Me excito de pensar que otro hombre me está tocando, me está viendo desnuda.

Mete la mano entre mis piernas y las separa un poco, sin tocarme más allá. Le abro paso y por un momento me avergüenzo. Es más que evidente que mi cabeza está comenzando a montarse escenas y que mi sexo ha respondido a ello humedeciéndose. Noto su mano acercarse peligrosamente en un sencillo roce a mis labios vaginales, pero no los toca como me gustaría, solo pasa el dedo sobre mi rajita, recogiendo mi

humedad.

Mal, muy mal, porque eso me paraliza el pecho y me arranca un pequeño gemido.

Sé que lo ha escuchado, que quizá, incluso, Alejandro lo ha escuchado. Me ruborizo, pero para Pau he abierto la veda, le he dado permiso para continuar. Ahora sí me toca con algo más de firmeza, masajeando mi sexo de una manera lenta y detenida, como nunca me han hecho. Noto la humedad resbalar hacia la camilla y tras ello un dedo en mi interior, dos, tres. Suave, intenso, llegando de manera profunda adentro, después saliendo, y así repetidas veces. Intento no gemir, no demostrar el placer que me está superando en aquella situación tan especial e intensa, pero no puedo evitarlo.

—Si estáis preparados, podéis daros la vuelta.

Y sé que tras ello acabará todo. Es lo que hemos contratado; masaje erótico completo con final feliz. Solo se puede tocar a los masajistas si ellos están de acuerdo, lo demás queda totalmente prohibido.

Nos giramos a la par. Primero miro a Alejandro mientras se sitúa boca arriba. Está duro, mucho, y Leire le sonríe. Siento una punzada de celos tontos. Después mis ojos se encuentran con los de Pau. Pone sus manos sobre mi abdomen y me es inevitable echar un vistazo a su pantalón blanco que abulta demasiado. Está empalmado y me satisface pensar que yo soy la causante.

Me sonríe, aunque ahora menos. Está excitado, lo puedo ver en sus ojos. Me escudriña de arriba abajo y, como si se olvidara del masaje, vierte aceite sobre las manos y las lleva a mis pechos, los cuales amasa con calma mientras me mira a los ojos. Se detiene en mis pezones, los pellizca, los retuerce con experiencia y yo gimo. Sus ojos no se apartan de mí, me comen voraces.

Alejandro también lo hace, aunque más acelerado. Lo miro y veo cómo esa chica tiene su miembro aceitoso entre ambas manos y lo masturba con tranquilidad, con bastante experiencia, dando vueltas a las manos en direcciones contrarias mientras sube y baja. Toda una experta. Los ojos de mi novio se clavan en los míos, estamos con las bocas casi pegadas y me trago sus gemidos. Pau baja hasta mi sexo de nuevo y, sin calma alguna, introduce los dedos dentro y comienza a masturbarme.

Alejandro me besa y gruñe en mi boca, yo le correspondo y jadeo en la suya. Noto cómo me contraigo, cómo me acelero, mi pecho sube y baja mientras aguardo una bomba de placer que recorre todo mi cuerpo. De repente los dedos de Pau chocan con la parte superior interna de mi vagina y los mueve sigiloso, haciéndome prever un gran orgasmo. Por fin rompe, me invade. Gimo, beso a Alejandro con fogosidad, le muerdo los labios. Él también gime, cada vez más fuerte y ronco. Giro la cara hacia Pau al tiempo que me arqueo sobre la camilla, muerde su labio y clava su mirada en mí, después a Leire, que le masturba con una rapidez aplastante con una mano y, con

la palma de la otra, hace círculos sobre el glande de Alejandro. Y entonces él también acaba, soltando todo su semen hacia arriba, salpicando incluso su abdomen.

Cuando todo termina, los masajistas se apartan, cogen papel, nos limpian, nos dan las indicaciones oportunas para vestirnos y, tras dar las gracias, sin más, nos marchamos.

Puedo avistar aún el bulto de su pantalón y pienso si calmará esa quemazón con Leire en la misma sala en la que nosotros nos acabamos de correr. Mi novio y yo lo hablamos; hay que repetir, ha sido asombroso, inigualable.

Pocos días después recibo un mensaje:

A veces los masajistas también necesitamos más. Perdona por haber incumplido la normativa y utilizar tu número, saltándome todo ese rollo de la protección de datos. ¿Te apetece un masaje? Sin coste y sin tu novio. Pau.

Y pocos meses después, descubro que Leire también se ha saltado la protección de datos de la empresa, al igual que Alejandro y yo nos hemos saltado todo eso de la fidelidad en la pareja.

La niñera

Mi amiga Lucía me pidió que cuidara del pequeño David durante una semana, le había surgido un tema urgente y tenía que viajar a Barcelona para visitar a su familia. Me lo pidió a mí, ya que tenía solo siete meses y no se fiaba demasiado de contratar a otra persona que no conociera al pequeñín llorón, para que se metiera en su casa sin más. Lucía, Fran, mi novio y yo, salíamos juntos diariamente y teníamos una gran amistad y bastante confianza, así que me comentó que prefería que me quedara en su casa para tener todas las comodidades del pequeño, hasta la hora de llegar su padre de trabajar, que sería cuando daríamos por terminaba mi jornada.

Ella se marchó y yo comencé con mi tarea de niñera bajo sus indicaciones. Pasaron varios días en los que me desenvolví bastante bien con David, hasta la hora de acostarlo y llegar Fran de trabajar. Cada noche, su padre se acercaba a la cuna a besarlo ya dormido y compartíamos un cigarrillo charlando de cosas triviales en la pequeña terraza, justo antes de marcharme a casa.

El día antes de llegar Lucía, estaba acostando a David casi a oscuras para que no se desvelara, como cada noche, cuando unas manos tocaron mi cintura haciéndome pegar un salto con el corazón encogido. ¡Casi me muero del infarto! Era Fran, vestido de trabajar, también como cada día. Y aquella era una de sus bromas, de esas que yo ya conocía y que a veces nos hacía justo antes de darnos dos besos para saludarnos.

—¡Me vas a matar de un infarto! —exclamé riéndome con una mano en el pecho y mirando de reojo al pequeño por si se había despertado con mi grito.

Fran se quedó frente a mí, mirándome de manera seria y fijamente a los ojos, cosa extraña en él, que siempre se encontraba sonriente. Me preocupé bastante al ver su cara, preguntándome qué le ocurría. Seguramente algo grave en el trabajo.

De repente, y sin cambiar el gesto, me pegó un pequeño empujón en los hombros consiguiendo que cayera sobre su cama. Descendió conmigo echando su cuerpo encima del mío y sujetando mis manos por encima de la cabeza.

—Fran, ¿qué coño haces? —pregunté confundida, moviéndome e intentando soltarme de su agarre.

—Lo que llevo mucho tiempo queriéndote hacer, ¿tú no?

Me quedé bloqueada y pensando en lo que me había dicho. Sinceramente, no. Jamás le había sido infiel a mi novio y jamás había traicionado a una amiga, aparte de que nunca me había fijado en él de aquella manera. Pero pegó su boca a la mía, rozó nuestros labios y me besó suave, despacio... y yo me dejé hacer, porque la situación me puso a mil y su cuerpo sudado y trabajado, enfundado en la ropa de trabajo, en la habitación, a oscuras...

Abrió mi sudadera con paciencia y subió lentamente mi chaleco dejándome solo el sujetador y las mallas puestas. Comenzó con mis pezones, tratándolos como si supiera exactamente lo que me gustaba. Los tocaba, besaba, lamía e intercalaba algún bocado que me hacía volver los ojos de placer. Metió la mano por mis mallas y llegó donde él quería y donde yo, inconscientemente, también. Tocó mi botoncito y tuve que reprimir el gemido para no despertar a David, que dormía plácidamente sin percatarse de la locura que su padre y su niñera estaban cometiendo. Fran me miraba en todo momento con los ojos llenos de brillo, con los labios fruncidos y el deseo dibujado. Noté mientras me acariciaba que no sentía ansias; parecía sentir anhelo y unas ganas evidentes de tocarme, como si por fin hubiera llegado el regalo esperado, durante todo el año, por un niño pequeño. Me acarició con firmeza por todo el contorno de mi cuerpo mientras lamía los lugares libres de tela.

Se colocó encima y se desprendió de mis mallas. Comenzó a rozar su prepucio por mi clítoris hinchado que lo esperaba deseoso. Estaba tan caliente con cada uno de sus gestos que casi muero en el orgasmo. No fue necesario penetrarme para llegar a lo más alto del placer, con solo el roce constante comencé a correrme. Se introdujo en mi interior rápidamente, provocando un orgasmo mucho más prolongado y placentero. Siguió follándome durante bastante tiempo, mucho más de lo que estaba acostumbrada, hasta que noté, por la dureza de su miembro, que acabaría pronto. Lo hizo encima de mi vientre, salpicando mis pechos y abdomen mientras gemía bajito mirándome a la cara, corriéndose para mí sin quitarme los ojos de encima y mostrándome sin tapujos su placer.

Aquel día no me paré a echar el cigarro, bastante me había entretenido ya. Y aquello jamás se repitió ni nunca se habló del tema con nuestras parejas, ni siquiera entre nosotros. Hasta aquel día, varios meses después, que fuimos a cenar todos juntos y en mitad de la cena, Lucía me comentó que le había surgido un trabajo de un par de días, ofreciéndome que me quedara con su pequeño. Fran se limpió la boca con una servilleta, me miró y añadió rápidamente:

—Te lo agradeceríamos. La última vez a David y a mí nos encantó cómo cuidaste de nosotros, ¿verdad, enano?

Miró a su hijo sonriente, me enfocó de nuevo y me guiñó un ojo.

Fue ahí cuando supe que estaba perdida.

La multa

Parada en el callejón esperando a que saliera María para irnos de fiesta, presencié algo que jamás pensé ver en cualquier lugar de mi pequeño pueblo. Una morena de unos dieciocho años se liaba un cigarrillo de la risa en su coche, cuando de pronto, una voz grave sonó en su ventanilla. Me giré hacia el lugar donde se encontraba el coche estacionado —a unos cuatro metros del mío— para mirar qué ocurría. Estaba oscuro, solo alumbraba una farola de cristales arañados, viejos y amarillentos, que no dejaban pasar demasiada luz.

Era un policía del que solo pude avistar rasgos leves, siéndome imposible identificarlo. Una pena, pues aquel cuchitril de pueblo era tan sumamente pequeño, que hubiera sabido con total certeza quién era él y toda su familia completa. Así que solo me quedé con la imagen de un cuerpo alto y fornido dentro del uniforme y una gorra que tapaba parte de su rostro.

—Señorita, no lo esconda, ya lo he visto —le oí decir perfectamente.

—No he escondido nada.

—Pero ¿me está tomando por tonto? ¡Qué lo he visto con mis propios ojos!

La chica comenzó a hablar demasiado rápido para yo escuchar correctamente las excusas que intentaba poner, pero daban igual, el agente insistía en que le diera el porro y le mostraba la libreta que, supuse, era la que contenía la multa que le correspondía por consumir droga en lugares públicos.

La chica continuó intentándolo un rato más, cada vez en tono más bajo y suplicante. El agente seguía negando con la cabeza de manera rotunda con la libreta en la mano, y yo sonreía mientras cabeceaba, imaginando la multa que le iba a caer. Pero entonces me percaté de cómo se abría la puerta del coche y la chica se abalanzaba sobre el pantalón del agente. Al principio este se negó y forcejeó con ella, intentando quitársela de encima sin tocarla demasiado, pero no mucho más tarde, sus movimientos fueron desistiendo en intensidad hasta que aquel señor miró a ambos lados para asegurarse de que nadie los veía y liberó su pene, abriendo la cremallera, dejándome verlo reflejado en tamaño gigante ante su sombra y sucumbiendo al pago carnal que la morena le ofrecía, sin llegar a ver a la chica aburrida que, encerrada en su coche, a oscuras lo observaba todo en aquel momento.

Ella comenzó a chupársela con unas ganas y una maestría que me dejaron pasmada debido a su corta edad. Le lamía los huevos mientras le masturbaba, se los metía completamente en la boca y después se centraba de nuevo en su polla, metiéndosela hasta el fondo de la garganta y aguantando unos segundos en los que el policía la sujetaba por la cabeza y la atragantaba con su gran fallo, viéndose mejor en la sombra

reflejada en la pared del callejón que en ellos mismos.

Desde mi posición, oía las arcadas de la chica, los gemidos del agente y casi los fluidos traviesos que se instalaban en mis braguitas, fruto de la excitación provocada al verles, y al miedo de ser pillada por el policía o por mi amiga María.

La sacó del coche y manoseó durante varios minutos, liberó sus pechos y los mordió mientras los amasaba con sus manos salvajemente, fuera de sí. Pensé que no se expondrían mucho más allí, en el callejón de un pueblo que era capaz de difundir una noticia por todos sus habitantes en cuestión de horas... Pero me equivoqué. El agente se quitó la gorra y todo lo que le molestaba del uniforme, le subió la corta falda a la chica y la echó sobre el capó del coche. Se la folló tan intensamente, que el calor de mi cuerpo subió más y más. Por un momento deseé ser yo la que estuviera tirada encima del capó, embestida por un policía salvaje y chantajista, gimiendo en mitad de la noche. La excitación llegaba hasta mi coño calentándolo a pasos agigantados, y tuve que frenar las ganas de masturbarme allí mismo mientras los observaba.

—Agente, me corro —decía con calentura mientras era empalada.

Cuando me vine a dar cuenta, me encontraba con la mano metida en mis pantalones, masajeándome el clítoris salvajemente y pellizcándome los pezones alternadamente, evitando soltar algún gritito que me evidenciara.

Era la primera vez que me corría observando a dos personas follar y, al parecer, la única que lo haría aquella noche de aquel extraño trío indirecto que habíamos formado; porque él también se corrió, pero no la hizo terminar a ella. Sacó su falo del interior de la joven y echó toda la leche encima de la falda oscura. Arrancó la multa que se encontraba en la libreta encima del capó y se limpió la polla con ella para después arrugarla, tirarla al suelo e irse de allí.

María llegó a mi coche y sonriendo me pidió perdón por la espera.

—Te abras aburrido una barbaridad, ¿no?

—No creas, no me he aburrido demasiado...

Habitación 248

La primera vez que entró, iba acompañado por Gabriela, su mujer. Nunca más se le volvió a ver con ella por las instalaciones del Palace Spa Resort. Las siguientes reservas, cada viernes de cada semana, una chica más joven que él lo llevaba sujeto del brazo o de la cintura. Cómo me gustaba limpiar la habitación 248 cada sábado por la mañana... Emilio era la única persona capaz de sacar esos instintos tan salvajes de mi interior. Del mío y del de cualquiera. Aquel hombre levantaba el interés de todas las féminas que trabajábamos en el hotel y bajaba bragas a su paso. Y si no conseguía bajarlas, os aseguro que las mojaba.

Cada sábado, al abrir la puerta, tras avistar el cartel que indicaba el permiso para entrar, lo primero que inundaba mi nariz era el fuerte olor a sexo que se respiraba en la habitación. Un olor que nunca me apetecía liquidar, pero no quedándome más remedio que ventilar la habitación. Las sábanas siempre estaban revueltas, arrugadas y fuera del colchón y, en la mesita de noche, Emilio siempre dejaba los evidentes rastros de su fogosidad con cada chica, sin importarle lo que pensáramos las limpiadoras.

Si él supiera lo que pensábamos realmente...

Y yo, mientras recogía los preservativos usados y los tiraba a mi gran cubo de basura o limpiaba con una bayeta húmeda algún lefazo que hubiera cruzado cualquier mueble, me excitaba de manera surrealista, imaginando que era una de esas chicas facilonas que, con suerte, un viernes al azar podría probar su medicina.

Todas ellas eran bombones exclusivos de revistas: modelos, cantantes, caza famosos... Y Emilio era un cuarentón adinerado que dedicaba su vida a invertir y follar. Pero yo no quería su dinero ni ser un bombón arreglado y envuelta en bótox; yo quería que Emilio entrara en la habitación mientras limpiaba y me subiera el ridículo uniforme para empotrarme de una manera bestial.

Juro que nunca, nadie, había sacado aquella parte de mí. Y estaba deseando desenfrenarme de aquella manera loca y convertirme en la guarra de don Emilio.

Aquel sábado, las chicas comentaban en las cocinas que Emilio seguía con su mujer, pues le habían visto con ella la noche antes y varios clientes se habían quejado de los gemidos emitidos a través de sus paredes. Pensar aquello me calentó, y es que el morbo que un tío casado me daba, era demasiado.

Aquel sería mi día, sin lugar a dudas.

Dejé la habitación 248 para el final, sabiendo que Emilio pasaba a última hora a recoger sus pertenencias después de la verdadera conferencia que cada sábado hacía en la sala de oficios.

Recogí tres condones de la mesita de noche y cambié las sábanas mientras esperaba su llegada. Aquel día no abrí las ventanas; quería que el olor a sexo que había creado con su mismísima mujer estuviera presente a la vez que lo provocaba. Oí unos pasos acercarse y, siendo precavida por si era él, comencé con el plan trazado: saqué mis bragas y las escondí en el carro de la limpieza. Oí cómo una tarjeta se hacía paso por la ranura y con rapidez me agaché y metí la cabeza bajo la cama, haciendo como quien busca algo. La puerta se abrió... Era él.

Hice como que no oía su llegada, pero me percaté perfectamente de cómo sus pasos se detuvieron al verme allí y de aquella manera: a cuatro patas mientras mostraba el trasero y un coño chorreante que esperaba su regreso.

Saqué la cabeza de mi escondite y me levanté como si nada. Al darme la vuelta y encontrarme de bruces con su pecho, pegué un pequeño repullo simulando asustarme por su repentina llegada.

—Di... disculpe, no sabía que estaba ahí —dije en un fingido titubeo.

Emilio alzó una ceja y sonrió de medio lado con aquellos labios carnosos y apetecibles.

—¿Qué se le ha perdido?

—El tornillo de uno de mis pendientes —mentí, echándome la mano a una oreja y apartando el pendiente de manera disimulada.

—¿Y las bragas?

Me quedé sin respiración al escucharle decir aquello.

—¿Cómo dice? —pregunté haciéndome la ofendida.

—Que si ha perdido también las bragas, como no las lleva puestas...

—¿Quiere que termine de limpiar la habitación o vuelvo cuando se haya marchado? —Cambié de tema.

Sonrió.

—Quiero que la limpie mientras yo acabo, no la molestaré.

Sonreí interiormente. Estaba llamando su atención.

Emilio, enfundado en un traje oscuro que marcaba un perfecto trasero y unas piernas largas y estilizadas, entró al baño y tiró de la puerta, dejando una ranura bastante descarada. Me moví por la habitación con sigilo, disimulando limpiar mientras lo espiaba. Vi cómo aflojaba la corbata delante del espejo y desabotonaba la camisa, dejando a la vista un abdomen perfecto. Después desabrochó la correa y la sacó de las hebillas con lentitud, consiguiendo que se me reseca la boca y, por último, atrapó el filo del pantalón y tiró hacia abajo, dejando su falo al aire, caído por el peso, consiguiendo dejarme paralizada con su tamaño.

Joder con Emilio...

Se metió en la ducha mostrándome su trasero y cerró la mampara privándome por

completo de las vistas. Aburrida de esperar, decidí que aquel, definitivamente, no era mi día de suerte, así que me puse a limpiar con rapidez para terminar cuanto antes mejor. Y cuando ya estaba todo perdido y solo me quedaba dejar las toallas limpias encima de la cama, la puerta del baño se abrió por completo y salió con el colgajo al aire y su magnífico cuerpo trabajado.

Lo miré mientras notaba cómo mi boca se abría poco a poco, sin querer disimular la expresión.

—Disculpa, creía que había terminado y se había marchado.

Negué con la cabeza, embobada con su miembro.

Dio dos pasos hasta mí, se quedó mirándome fijamente y, sin decir palabra alguna, me dio la vuelta y pegó mi espalda con su pecho húmedo. No me moví, puesto que lo que yo quería lo estaba encontrando.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó atrapando mi coleta con fuerza y tirando hacia atrás con brusquedad para hablarme al oído.

—Veintitrés —respondí en un murmullo con la respiración acelerada.

—Umm..., cumples mi regla de oro: no más de veinticinco años.

Noté cómo su miembro crecía, chocando contra mis muslos. Se refregó contra ellos y metió su pene entre mis piernas, haciéndose una especie de paja entre ellas y llegando a rozar mi clítoris a veces.

—Joder, niñata, no veas cómo te mojas... —exclamó casi en un grito, empujándome y tirándome a la cama con violencia.

Caí apoyando las manos y quedando con el culo a su vista, como cuando había entrado a la habitación. Emilio se acercó por detrás, azotó mi trasero con fuerza y arrojó su boca a mi coño, lamiéndolo con una furia y una destreza increíble. Notaba su barba rozarme, su lengua imparables, los flujos corriendo por mis piernas... y creí morir antes de lo debido.

—Venga, confiesa, ¿dónde están tus bragas? —dijo para volver a meterse entre mis piernas y refregar su cara por mi vagina y culo—. Quiero olerlas.

Gemí, señalando el carro de la limpieza con los brazos temblando.

Emilio me abandonó para ir a buscarlas y, tras unos segundos, las sacó con una sonrisa triunfante. Las olió, se colocó tras de mí y me metió su verga dura y gigante, haciéndome sentir que me partía en dos, dándome la sensación de que mis caderas crujían. No tuvo compasión con su tamaño, amordazó mi boca con mis propias bragas y se sujetó de los extremos, tirando de cada uno y consiguiendo que mi cuello se doblase hacia detrás mientras empujaba con garra y vigor.

Mis gemidos se ahogaron en mis propias bragas al mismo tiempo que temblaba y Emilio rugía como un león hambriento. Siguió embistiéndome con furia, gritando que era una guarra, contándome que el orgasmo estaba cerca. Y entonces, consumido por

la excitación y de manera rápida, salió de mí y lanzó un escupitajo de su semen, manchando toda mi espalda y parte del pelo.

Salí de la habitación acto seguido, tras tomarme solo unos segundos para recomponer mi coleta, el vestido y ponerme las bragas.

Al otro día, todo el mundo en las cocinas rumoreaba que Emilio había gritado como un loco a una hora fuera de lo normal de cada fin de semana, que no se había encontrado rastro de preservativos ni de semen y que había llamado a recepción para quejarse: no habían dejado toallas limpias en la habitación 248.

Experimentando con mi amigo

Juanca y yo siempre habíamos sido inseparables. Pasábamos las tardes jugando a la Play o viendo películas; todo menos los deberes que por obligación debíamos realizar. Pero aquel día fue diferente a todos los demás. Mi amigo me contó como gran secreto que había descubierto ciertas películas subidas de tono en la habitación de sus padres y, con nuestros catorce años, aquello nos pareció algo fantástico y digno de admirar. Él, que siempre había sido más atrevido que yo, me preguntó:

—¿Quieres que la pongamos? Mis padres no volverán hasta esta noche.

Me encogí de hombros, dándole menos importancia de la que tenía para mí. Yo ya había visto varias, claro está, pero nunca en compañía, y solo pensarlo me excitaba y ponía nervioso a la vez.

Mi amigo salió corriendo a por ellas y volvió con varias en las manos, cada cual con un título más peculiar. Entre los dos nos decantamos por una en la que las tetas gordas predominaban y la insertamos en el DVD de su habitación. Poco tardó la estancia en llenarse de gemidos de guarras que eran folladas por grandes falos. Menos tardó mi bulto en aparecer bajo mi pantalón, evidenciando un calentón de narices. Juanca me miró de reojo y rio.

—¿Estás palote, eh?

Asentí, riendo también, ocultando mi vergüenza.

—Pero que tú no te quedas atrás —respondí mirando el suyo, que se acentuaba bajo el chándal de color blanco, intuyéndose incluso su capullo.

Volvió la vista al televisor y resopló, viendo cómo entre tres se hacían con el cuerpo de una tetona y tapaban todos sus orificios.

—¿Tú te tocas, verdad?

—¿Qué? —pregunté intentando quitar la vista de la pantalla.

—Que si te tocas. En tu casa, digo —asentí—. Pues no te asustes porque yo no puedo más, así que si te apetece, te la sacas y te la machacas también.

Me quedé impresionado por la facilidad con la que apartó un poco el pantalón y

sacó un buen cipote duro, mucho más ancho y largo que el mío. No pude evitar mirar de reojo cómo lo acariciaba por encima, hasta que decidido y tras unos varios «uff», viendo la peli, se la comenzó a machacar sin parar hasta que poco después, apartó su camiseta subiéndola hacia arriba y se corrió de una manera exagerada sobre su abdomen.

—Marica... —me llamó por no haber sido capaz de sacármela como había hecho él.

A partir de aquel día todo cambió. Juanca y yo ya no jugábamos ni veíamos cualquier tipo de pelis cuando estábamos solos en casa; ahora veíamos porno y nos la tocábamos mientras tanto. Después de varias veces, me había envalentonado y dado cuenta de que las pajas, acompañado, eran más entretenidas que solo.

Unas semanas después de nuestra nueva práctica, y es lo que vengo a contar, estábamos con los falos fuera, hablando de lo buena que estaba la tipa y el troncón que tenía el tío, cuando Juanca me miró sonriendo y dijo:

—¿La quieres tocar? Si te da corte puedo empezar yo. —Paró de menearla y yo me quedé pillado con su propuesta—. Tú la mía y yo la tuya, pero sin nada raro, ¿eh...? Que a mí me gustan las tías. Dicen que una mano extraña hace que te mole el doble.

Y yo, que me dejé convencer con facilidad, solté la mía para que la mano de él se posara en ella, sujetándola con vigor. Hice lo mismo y vi cómo mi amigo cerraba los ojos ante mi contacto y cómo aquella polla se ponía más dura en mi mano. Juanca comenzó a movérmela con lentitud y tuve que cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás para concentrarme en el gusto que me estaba entrando por el cuerpo. Aquella sensación nunca antes vivida hizo que mi respiración se acelerara y, ante la mirada atenta de mi amigo, al que le avisé que terminaría en breve, solté varios chorros que llenaron su mano hasta que hube descargado todo mi interior. Que no apartara la mano me impresionó y me puso demasiado, así que en agradecimiento, le pajeé con más fuerza hasta que sentí cómo volvía a endurecerse tanto como antes. Mi amigo no se cortó en gemir y demostrar lo que le gustaba todo aquello. Pareciéndome injusto no repetir su acción, dejé que se corriera sobre la mía, pringándome a mí también.

Siempre tuve claro que me gustaban las mujeres y a día de hoy lo tengo más que nunca, pero aquellas primeras pajas cruzadas fueron de las mejores experiencias de mi vida y, a veces, cuando me las hago solo, pienso en cómo, esporádicamente, mi amigo se corría en mis manos.

Experimentando con mi amigo

Juanca y yo siempre habíamos sido inseparables. Pasábamos las tardes jugando a la Play o viendo películas; todo menos los deberes que por obligación debíamos realizar. Pero aquel día fue diferente a todos los demás. Mi amigo me contó como gran secreto que había descubierto ciertas películas subidas de tono en la habitación de sus padres y, con nuestros catorce años, aquello nos pareció algo fantástico y digno de admirar. Él, que siempre había sido más atrevido que yo, me preguntó:

—¿Quieres que la pongamos? Mis padres no volverán hasta esta noche.

Me encogí de hombros, dándole menos importancia de la que tenía para mí. Yo ya había visto varias, claro está, pero nunca en compañía, y solo pensarlo me excitaba y ponía nervioso a la vez.

Mi amigo salió corriendo a por ellas y volvió con varias en las manos, cada cual con un título más peculiar. Entre los dos nos decantamos por una en la que las tetas gordas predominaban y la insertamos en el DVD de su habitación. Poco tardó la estancia en llenarse de gemidos de guarras que eran folladas por grandes falos. Menos tardó mi bulto en aparecer bajo mi pantalón, evidenciando un calentón de narices. Juanca me miró de reojo y rio.

—¿Estás palote, eh?

Asentí, riendo también, ocultando mi vergüenza.

—Pero que tú no te quedas atrás —respondí mirando el suyo, que se acentuaba bajo el chándal de color blanco, intuyéndose incluso su capullo.

Volvió la vista al televisor y resopló, viendo cómo entre tres se hacían con el cuerpo de una tetona y tapaban todos sus orificios.

—¿Tú te tocas, verdad?

—¿Qué? —pregunté intentando quitar la vista de la pantalla.

—Que si te tocas. En tu casa, digo —asentí—. Pues no te asustes porque yo no puedo más, así que si te apetece, te la sacas y te la machacas también.

Me quedé impresionado por la facilidad con la que apartó un poco el pantalón y sacó un buen cipote duro, mucho más ancho y largo que el mío. No pude evitar mirar de reojo cómo lo acariciaba por encima, hasta que decidido y tras unos varios «uff», viendo la peli, se la comenzó a machacar sin parar hasta que poco después, apartó su camiseta subiéndola hacia arriba y se corrió de una manera exagerada sobre su abdomen.

—Marica... —me llamó por no haber sido capaz de sacármela como había hecho él.

A partir de aquel día todo cambió. Juanca y yo ya no jugábamos ni veíamos

cualquier tipo de pelis cuando estábamos solos en casa; ahora veíamos porno y nos la tocábamos mientras tanto. Después de varias veces, me había envalentonado y dado cuenta de que las pajas, acompañado, eran más entretenidas que solo.

Unas semanas después de nuestra nueva práctica, y es lo que vengo a contar, estábamos con los falos fuera, hablando de lo buena que estaba la tipa y el troncón que tenía el tío, cuando Juanca me miró sonriendo y dijo:

—¿La quieres tocar? Si te da corte puedo empezar yo. —Paró de menearla y yo me quedé pillado con su propuesta—. Tú la mía y yo la tuya, pero sin nada raro, ¿eh...? Que a mí me gustan las tías. Dicen que una mano extraña hace que te mole el doble.

Y yo, que me dejé convencer con facilidad, solté la mía para que la mano de él se posara en ella, sujetándola con vigor. Hice lo mismo y vi cómo mi amigo cerraba los ojos ante mi contacto y cómo aquella polla se ponía más dura en mi mano. Juanca comenzó a movérmela con lentitud y tuve que cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás para concentrarme en el gusto que me estaba entrando por el cuerpo. Aquella sensación nunca antes vivida hizo que mi respiración se acelerara y, ante la mirada atenta de mi amigo, al que le avisé que terminaría en breve, solté varios chorros que llenaron su mano hasta que hube descargado todo mi interior. Que no apartara la mano me impresionó y me puso demasiado, así que en agradecimiento, le pajeé con más fuerza hasta que sentí cómo volvía a endurecerse tanto como antes. Mi amigo no se cortó en gemir y demostrar lo que le gustaba todo aquello. Pareciéndome injusto no repetir su acción, dejé que se corriera sobre la mía, pringándome a mí también.

Siempre tuve claro que me gustaban las mujeres y a día de hoy lo tengo más que nunca, pero aquellas primeras pajas cruzadas fueron de las mejores experiencias de mi vida y, a veces, cuando me las hago solo, pienso en cómo, esporádicamente, mi amigo se corría en mis manos.

La hija de mi socio

Observaba cómo su pelo mojado caía liso hasta el comienzo de la parte inferior de su bikini. Aquello, de ante mano, hizo que un calambre se instalara en mi entrepierna. Se encontraba al borde de la piscina, con los brazos cruzados y apoyados en el filo. Los ojos, los cuales no podía ver pero ya me conocía bien, supuse que los tenía cerrados mientras disfrutaba de la armonía de aquella solitaria piscina. Era una lástima no poder obsequiarme con ese color celeste que deslumbraba su mirada cada día. Aun así, me deleitaba con sus magníficas curvas que seguían dándome la espalda, quizá, no conocedoras aún de mi presencia.

Conocí a Adriana en la primera reunión con su padre, con el que meses más tarde hice negocios convirtiéndonos en socios, a día de hoy inseparables. Recuerdo aquella primera cena como algo espectacular. Si os soy sincero, para casi nadie —por no decir nadie— a quien se lo cuente, le parecerá como tal. Porque no pasó nada, absolutamente nada. Aquella sensación solo la viví yo, que me dejé desconcentrar durante toda la comida incluso sin ella ser consciente. ¿Cómo iba a serlo? Por aquel entonces, Adri tenía unos diecinueve años y yo treinta y siete, era muy mayor para ella y, según su progenitor, muy joven para hacer negocios con él. Aun así, me arriesgué a ofrecerle mis ideas, aquellas que seis meses después triunfaron.

La miré durante mucho tiempo, demasiado. Su sonrisa tímida cada vez que me pillaba observándola y su cabeza gacha, fueron lo que me hicieron llegar aquella noche a casa y hacerme una de las mejores pajas que mi polla había probado. Ella no pasó desapercibida para mí, pero yo tampoco para ella, aunque su delicadeza y timidez me quisieran decir lo contrario. Aquella muchacha me miraba con las mejillas encendidas mientras refregaba sus mulos bajo la mesa. A día de hoy, viviendo lo que viví con ella en la piscina, me pregunto si estaban encendidas de vergüenza o del calentón que llevaba encima.

Volvamos a lo que iba: el día de la piscina.

Yo observaba aquella chiquilla que lucía más que bien la mayoría de edad recién estrenada. Ella me ignoraba, como de costumbre, o quizá, simplemente no sabía que me encontraba allí. Me acababa de meter al agua con un licor de hierbas para lograr una buena digestión después de una gran comida de negocios-amistad con los padres de Adriana. Estábamos en su casa, en su terreno y con sus padres dentro del chalet. Mi verga, a la que todo eso le daba igual, estaba totalmente erecta, deseando llegar a casa o quedar con cualquier chica para desfogar lo que Adriana, como siempre inconscientemente con su inocencia y timidez, provocaba.

Nunca le di a entender mis intenciones, nunca salieron a flote mis fantasías ni le

conté que me la follaría de todas las posturas habidas y por haber. Jamás fue conoedora de mis pajas pensando en ella, pero de igual manera, entre nosotros siempre hubo algo existente, aunque prácticamente inapreciable para cualquier ojo humano que no fuera el nuestro.

¿Qué me impulsó a hacer lo que hice? Pues no lo sé. Quizá la excitación, quizá su bikini blanco, pegado, translúcido... o la razón, que se me congeló a la par de aquel licor de hierbas. Porque ella era una niña y yo estaba metido ya en mis cuarenta años... Además, su padre me mataría si intuyera mis intenciones con su pequeña.

Me arriesgué, necesitando acercarme a ella y, tras dar un sorbo al licor que caló profundo en mis entrañas, sigilosamente me acerqué a la niña del bikini blanco. No se movió ni dijo una palabra. Sé que había notado mi presencia, pero no le incomodó. Seguía apoyada en el bordillo de la misma postura en la que la había observado más de media hora. Me pegué con cautela a su culo mientras la sujetaba por la cintura desde atrás de manera suave, para ver su reacción. Mi polla rozó sus cachas, arrancando un gemido de mi garganta que acallé por reparo. Muchas mujeres habían caído rendidas ante mí, muchas..., pero ninguna me hacía sentir lo que el contacto de Adriana conseguía. Y ella, en cambio, no hizo nada. Ni para bien, ni para mal: nada. Así que seguí con mi danza mientras mis manos recorrían de arriba abajo el contorno de su cuerpo, mojado por algunos lados, secos por otros debido al sol. Siguió sin reaccionar y me atreví a más.

Tras mirar hacia todos lados y asegurarme que nadie nos veía, restregué mi polla por su culo haciendo que, lentamente, ella lo inclinara hacia atrás para darme una muy buena posición de ese trasero redondo y perfecto. Tras observar de nuevo a mi alrededor, cogí aire en mis pulmones y me agaché bajo el agua. Ya sumergido, aparté las braguitas blancas a un lado y saboreé desde atrás ese estupendo coñito apretado y depilado. No sé si gemía, yo al menos desde mi posición no la escuchaba, pero restregaba su culo por mi cara y se inclinaba hacia abajo en busca de más profundidad por parte de mi lengua, la que invadió su interior enérgicamente todo lo que pudo.

Salí medio asfixiado y más caliente que nunca. Que no me hablara ni hiciera ningún gesto de interés ante lo que yo le proporcionaba y, aun así se dejara hacer, me estaba matando. A mí y al bulto que quería ser liberado de aquel pequeño y atosigador bañador.

No podía más. Notaba mi falo palpar, mi respiración agitada y unas ganas enormes de sentir cómo su zona apretada complacía a la mía. Giré a Adriana hasta tenerla frente a mí y agarré su trasero para subirla alrededor de mi cintura.

—Mírame, Adriana —exigí, sin éxito. Aquella muchacha giraba la cara hacia un lado para no encontrarse con mis ojos—. Joder, mírame —volví a ordenarle, esta vez sujetando su mentón y volteando su cara para que lo hiciera. Un gemido salió de sus

gruesos labios al hacer aquel gesto y fue el detonante para acabar con aquello que tantos meses me había torturado.

Sus ojos me miraron por fin y durante toda la función. Aquel azul se intensificó, dejando atrás todo rastro de la dulce, inocente y tímida hija de mi socio.

Eché su bikini a un lado que había vuelto a su posición y la embestí sin miramiento alguno. El jadeo que su garganta exteriorizó hizo que casi la partiera por dentro a embestidas.

No me podía controlar. No me quería controlar.

Por fin la tenía. Por fin era mía, aunque solo fuera un rato, un momento, un desahogo. Apoyé mi frente en la suya y con una mano tapé sus dulces labios para que no emitiera sonido alguno. Aquello la excitó bastante, puesto que noté cómo su interior atrapaba mi miembro, succionándolo y haciéndome morir de placer.

Tuve que controlarme demasiado para no correrme en su interior. Ella, en cambio, lo hizo. Se corrió echando la cabeza hacia atrás en el bordillo y gritando inútilmente sobre mi mano que silenciaban aquellos deliciosos gemidos.

Conseguido mi objetivo de hacerla disfrutar, salí de su interior y me derramé en la misma agua que, minutos más tarde, mi socio allanó con su vaso en la mano para hacernos compañía.

Terapia con nueve adictos al sexo

Recorro el largo pasillo a paso firme, quiero que mis tacones se escuchen e imponer respeto desde el minuto cero.

Tendré que enfrentarme tres veces a la semana a nueve hombres adictos al sexo y sé por experiencia que estas terapias no son fáciles, y más si tú misma eres, prácticamente, una ninfómana más.

Sí, he sido adicta al sexo, promiscua, puta o como lo queráis llamar. Yo simplemente me he calificado siempre como liberal, saboreadora de la vida y de los placeres del sexo. No tenía pareja, no engañaba ni dañaba a nadie, así que si decidí diagnosticarme fue simplemente por mí y mi salud.

¿En qué momento te recuperas de ello? Nunca.

Al igual que, por ejemplo, los fumadores toda su vida al oler o ver un cigarro les apetecerá, un adicto al sexo verá a otra persona insinuarse y se la querrá follar. Pero claro, ahí está el quid de la cuestión, el saber cuándo ha llegado la llamada «recuperación». Esta simplemente consiste en saber controlar el deseo que nunca desaparecerá de tu vida.

¿Estoy yo recuperada? Pues no lo sé. Si soy totalmente sincera, esta terapia es para diez personas; ellos nueve y yo. Los de arriba tuvieron la maravillosa idea de contratar «a una persona que ya haya pasado por eso, que les hable claro, sin tabúes y sin prejuicios». Así que aquí estoy yo, dispuesta a controlarme para no dejar que me empotren uno a uno sobre la mesa o, en su defecto, varios a la vez.

Entro en la sala y los inspecciono un poco. Están sentados en círculo —como normalmente suelen hacer en este tipo de terapias— e intento no fijarme en sus rostros, ni cuerpos.

—Buenas tardes —digo y sigo caminando hacia la mesa que se encuentra en una esquina de la oscura sala. Suelto el bolso y los papeles de espaldas a ellos—. Dejad de mirarme el culo.

Escucho sus sonoras carcajadas. Sé perfectamente que me están devorando. Aunque me haya intentado vestir lo más recatada posible, eso no es obstáculo alguno para sus amplias mentes y su gran imaginación. Cojo una silla y me siento con ellos. No quiero estar de pie ni en otro extremo, quiero que me sientan cercana, que sepan que soy una más y que nunca los juzgaré por lo que son.

—No quiero que os presentéis ni que me expliquéis vuestra adicción, todos sabemos para qué estamos aquí. Sin embargo, yo sí lo haré. —Analizo sus miradas de lascivia y sus labios siendo saboreados por sus propias lenguas inconscientemente, y mi entrepierna comienza a sudar—. Me llamo Mónica y era adicta al sexo.

Y sinceramente no estoy muy convencida de ese «era», pero intento disimular mis nervios.

—¿Eras? —pregunta un moreno barrigón.

—Sí, era. Y estoy aquí para enseñaros cómo controlar las ganas de sexo.

—¿Cuánto tiempo llevas sin follar? —Escucho preguntar a un chico del fondo que tendrá unos veinte años.

—No he dejado de follar. He dejado de hacerlo con cualquiera, a cualquier hora y en cualquier lugar. No es dejar de hacerlo, es controlarte como se controlaría cualquier persona. Si una mujer no adicta estuviera aquí en estos momentos y alguno de vosotros le excitarais, no os bajaría el pantalón y os la chuparía, yo sí.

—Pues es una pena, porque eso estaría genial. ¿No creéis?

Sus risas y comentarios retumban en la sala. Carcajadas, piropos y sugerencias los sacan del tema principal. Quizá no ha sido muy buena idea tirar por este lado de la conversación...

Mi cabeza comienza a dar vueltas y mi imaginación sale a flote cuando empiezan a decir en voz alta todo lo que me harían, cuando me miran con ojos entrecerrados y lenguas bordeando sus labios, dejándome claro que soy un caramelo que lamerían sin descanso hasta gastarlo. Mi mente empieza a trabajar imaginándose las posibilidades de que eso ocurra.

«No, no, no, no, no... Respira, Mónica, respira», me digo.

De repente todo es confuso, sus cuerpos se levantan de la silla y se acercan a mí con lentitud, sus murmullos llenan la sala y realmente no sé cómo pasa, pero uno de esos nueve tíos está con su polla frente a mi boca, provocándome, intentando acercarla a mis labios sellados que interiormente me ruegan que no de la señal para abrirlos, sin embargo, la humedad de mi sexo me invita a continuar, las palpitaciones involuntarias de mis labios inferiores me obligan a actuar, el pellizco que me agolpa el pecho me ahoga, y solo veo ese miembro rosado, deseoso de ser engullido... No puedo más y la meto en el interior de mi boca de una sola estocada. La comienzo a engullir sin piedad, sin razonar.

«Bueno, solo hoy, solo un poco», me digo, y sé que simplemente me engaño a mí misma.

Y no, no está bien, porque quiero controlarme y no puedo, porque esto es a lo que me refería con «cualquier lugar y con cualquiera».

Mientras me arrepiento, estoy de rodillas chupando de dos en dos los falos de aquellos tíos que se acercan a mí sin ocultar la alegría que les ha producido tentar a la suerte, y que haya caído en ella. Son impacientes, me golpean con sus miembros en la cara, el mentón y la cabeza. Algunos azotan mi cara y me escupen desde arriba mientras chupo, y para qué mentir, a mí me encanta. Me encanta sentirme sumisa, me

encanta que me llamen puta y sentir que lo soy.

Varias manos comienzan a bajar mis pantalones, a rozar mis tetas, llenar mis agujeros, tocar mis pezones... cuando escucho un click de fondo. Ese click me indica que la puerta se ha cerrado y que la fiesta comienza y, aunque ya estoy en un punto sin retorno, ahora sé que ya no hay salida ni marcha atrás.

Chupo y chupo, profunda y rápidamente, haciendo que lleguen completas a mi garganta y que las lágrimas se me salten de las arcadas que me producen esos falos. Chupo dándolo todo de mí y queriendo que me den todo de ellos.

—Chúpamela más rápido. ¡Más! —exige uno de ellos con mi cabeza aprisionada por sus manos mientras incrusta su pequeño pene en mi garganta. Porque los hay de todo tipo: oscuros, rosados, gruesos, finos, venosos, grandes, pequeños... Y a mí me encantan todos, me los como todos maravillada, sin escrúpulo ni excepciones.

Sus manos, no puedo calcular cuántas ni de quiénes, siguen bailando por mi cuerpo hasta que la presión de unos simples dedos dentro de mí consiguen que me corra, aunque por descabellado que parezca, no es mi placer el que anhelo en estos momentos, sino el de todos ellos.

Sigo a lo mío, mamo una y masturbo dos, cuando de repente me ponen a cuatro patas y comienzan a follarme despiadadamente, uno debajo y otro encima. Me penetran doblemente haciéndome gritar de placer mientras el tío barrigón al que se la chupo me tapa la nariz para que no pueda respirar, cosa que me pone todavía más, si es que eso es posible. Azotes, insultos, penetraciones, gemidos. Entonces comienza lo que me gusta, la verdadera fiesta. Una de mis mayores adicciones: el semen. Y en menos de cinco minutos estoy totalmente cubierta de él.

Me paro frente a ellos con la boca abierta y, pajeándose, comienzan a correrse en mi rostro, pelo y boca. Uno, otro, otro, otro, a veces dos a la misma vez, sin escrúpulo alguno porque puedan mancharse uno al otro... y así hasta nueve, empapando todos los poros de mi cara y refregándose el líquido con sus pollas, las mismas que chupo una a una hasta dejarlas totalmente limpias y flácidas.

Y es que, como bien decía Oscar Wilde: «La mejor manera de librarse de la tentación, es caer en ella».

Ahora solo me queda comprobar cómo, durante las siguientes semanas, voy soportar la tentación de volver a repetir sin convertirme en una de ellos.

El metro, un espejo y un desconocido

Aquel día, Ana se dirigía al trabajo en metro como cada mañana, la única diferencia era que en aquella ocasión, el viaje sería totalmente diferente y mucho más interesante que de costumbre.

Su brazo se sostenía a la barra superior colocada en el techo para no caer, su cuerpo era constantemente empujado por las personas que entraban y salían con prisa y su único objetivo diario era encontrar un lugar menos abarrotado para pasar sus interminables veinte minutos de trayecto. Se conformaba con eso, ya que pensar en encontrar asiento era todo un sueño probablemente inalcanzable. En cuanto tuvo un hueco aceptable, caminó hasta el final del largo pasillo abriéndose paso entre la gente para colocarse en un rincón. Allí no había puerta trasera y la gente no salía como bestias indomables. Pensó en sacar un libro, pero como siempre descartó totalmente la idea. No era cómodo leer con un solo brazo sosteniendo el pesado elemento y luchando todo el tiempo por mantenerse de pie, así que colocó sus cascos y se deleitó con la música de James Arthur.

Aquel rincón le pareció algo peculiar; justo frente a ella, casi rozándola, se encontraba un espejo largo. Se miró un segundo y sonrió al percatarse de que su pelo corto y rojizo destacaba entre las múltiples cabezas que tenía tras de sí.

Con los ojos cerrados y tarareando mentalmente una de sus canciones favoritas, notó una leve caricia en su cintura que la alarmó. Abrió los ojos de manera repentina y observó tras el espejo, no pudo diferenciar ningún rostro que se fijara en ella particularmente, todos iban a su rollo sin mirar a nadie más y seguramente solo había sido un roce sin intención alguna entre tantas personas aglomeradas. Pasaron unos minutos hasta que volvió a cerrar los ojos, y en cuanto hizo aquel movimiento de párpados, de nuevo una mano tocó su cintura, esta vez manteniendo el roce por unos segundos más. Cuando volvió a abrirlos, algo molesta por la situación, las caricias cesaron. De nuevo miró tras el espejo y como antes... nada. Se detuvo con más interés en analizar su entorno, pero nada ni nadie le parecieron sospechosos.

Que te rozaran en un lugar así de transitado era lo más común del mundo, pero aquel par de caricias que había sentido le demostraron a su cuerpo que en ellas había algo diferente, algo intencionado.

Aquella acción se repitió muchas veces más, pero cada vez que sus párpados se abrían, el contacto cesaba. Sonrió levemente dejando ver al desconocido que estuviera haciendo aquello, que estaba dispuesta a averiguar quién era, así que cerró sus ojos y se dejó llevar, quizá esos veinte minutos de trayecto se convirtieran en algo más divertido de lo que eran normalmente. Así que se permitió seguir con ellos

cerrados, hasta que quien fuese, puso sus manos de nuevo en el cuerpo de ella, en su cintura, otras veces en sus hombros... Y Ana comenzó a sentir que le gustaba, que le estremecían.

Las caricias se volvieron más intensas, ahora eran dos manos las que la tocaban, recorriendo suavemente su abdomen y su cadera. Comenzaron a subir disimuladamente hasta rozar la parte inferior de su pecho, y ella, que en un principio no tenía intención ninguna de seguir con aquello, inesperadamente se dejó hacer. Las manos se apartaron de sus pechos dejándola con ganas de más, pero Ana no abrió los ojos, los dejó cerrados indicándole que siguiera. Sus exigencias no se hicieron esperar demasiado. Las manos desconocidas se tomaron el lujo de acariciar su abdomen bajo su camiseta y de hacer círculos alrededor de su ombligo, consiguiendo que las bragas de ella se mojaran. El desconocido se atrevió a más y se hizo espacio entre el sujetador y los pechos, amasándolos y pellizcando los sensibles pezones.

Ella dio gracias a haberse puesto en el último rincón, porque, aunque estuvieran rodeados de personas, quedaba con la pared a su izquierda, el espejo frente a ella, el desconocido detrás y los respaldos de los asientos a su derecha. Si alguien se fijaba detenidamente en ellos, puede que sí los viera hacer movimientos algo extraños, pero tendrían que centrarse demasiado.

Estos jueguitos con desconocidos no eran típicos en la joven, sin embargo, la experiencia estaba siendo más que satisfactoria y no tenía intención de detenerse. Sus tetas seguían siendo castigadas y aquello le encantaba. En un principio solo permitió que le tirara suavemente y le magrara, después, él sostenía los pezones con fuerza y ella era la que se echaba hacia atrás enérgicamente, haciendo el efecto de unas pinzas en sus duros botones. Cada vez que se echaba hacia atrás, el bulto de su pervertido compañero de metro se hincaba en su culo. Aquello era espectacular, el placer se dirigía directo a su sexo, provocándole calambres de deseo. Deseaba ser tocada más a fondo. La música de James recubría sus oídos evitando percibir si gemidos indecentes salían de su boca, pero no le importaba, solo quería que su parada nunca llegase.

Unos labios se posaron en su cuello y una lengua lo repasó hasta el lóbulo de la oreja. Abrió los ojos y se encontró con la oscura mirada de aquel desconocido reflejada en el espejo que, sin duda, había claudicado y por fin se dejaba ver. Tenía la cabeza apoyada en su hombro mientras le lamía el cuello y los ojos clavados en los de Ana a través de aquel espejo que evidenciaba sus morbosas figuras. Era un hombre atractivo, de unos cuarenta años de edad —otro motivo por el que comenzó a chorrear un poco más, le ponían demasiado los hombres mayores que ella—, y un pelo tan oscuro como el tono de su mirada... Le dedicó una sonrisa cargada de deseo y ella supo que, aunque había abierto los ojos, el juego no había terminado. De hecho

acababa de empezar.

El desconocido agarró la mano de Ana llevándola a su gran bulto ya destapado. Ella observó a través del espejo la cara de placer del susodicho al comenzar a masturbar su gran polla. Él abandonó sus pechos para meter la mano en los pantalones y acariciar su clítoris hinchado, totalmente empapado en flujos, y comenzó a frotar suavemente haciendo que los ojos de Ana se quedaran en blanco ante la atenta mirada del deseoso hombre.

Apartó con cuidado el auricular y le susurró al oído:

—Shhh, cuidado, estás gimiendo en voz alta.

Y Ana, curiosamente, se ruborizó. Y digo «curiosamente», porque estaba masturbando a un desconocido en el metro y dejándose masturbar por él, ¿qué podía haber más atrevido para sentir apuro?

Volvió a observarlo a través del espejo dejándose erizar la piel por el sonido grave y varonil de aquella voz, pero sus ojos no podían mantenerse fijos en ningún lugar, aquel hombre había metido una mano por la parte trasera del pantalón y la otra seguía en la delantera. Dos dedos de la mano de atrás penetraron a Ana de una embestida seca y otro de la parte de delante masajeaban su clítoris con énfasis haciendo que el orgasmo se avecinara. Sus piernas se volvieron débiles y comenzaron a flaquear, si ese señor no la tuviera agarrada por su orificio, hubiera caído al suelo allí mismo. Observó cómo aquel hombre disfrutaba con una sonrisa mientras se corría ante él, cargada de placer, explotando por dentro como si hubiesen colocado dinamita en su interior y aquel desconocido hubiese pulsado el botón mágico que la hiciera estallar.

Cuando jadeante y sudada se recompuso del gran orgasmo, Ana masajeó el gran pene del desconocido hasta que tal como ella, eyaculó mirándole a los ojos a través del espejo. Ni un cambio de gesto, ni un gemido, ni un gruñido... Y, sin embargo, los ojos oscuros de aquel tío parecían tener llamas en su interior. La mandíbula tensa y el cuerpo rígido del señor no temblaron ni un ápice. Ana moría de ganas por preguntarle por su placer, sabiendo de sobra que estaba recibiendo un orgasmo más que satisfactorio, aunque su rostro no se inmutara. Notó que descargaba encima de su pantalón oscuro, preguntándose cómo caminaría hasta el trabajo con una evidente mancha.

—Esta es mi parada —susurró en su oído, arrebatando sus pensamientos—. Hasta pronto, Ana.

Y se marchó, dejando el rostro de aquella chica de pelo corto y rojizo descompuesto, sin saber por qué aquel hombre, al que nunca había visto y que le había regalado uno de sus mejores orgasmos, sabía su nombre.

Sexo en el concierto

El Barrio siempre lo conseguía fuera donde fuese, el recinto estaba llenísimo y yo gritaba eufórica con mi sombrero alzado como buena «barriera».

Durante todo el transcurso de la noche, noté que unos ojos verdes no paraban de mirarme, incluso su dueño se había pegado a mi cuerpo en varias ocasiones durante la noche, cosa que no me extrañó demasiado, ya que en un concierto es lo más habitual del mundo, incluso quedarte sin dedos en los pies de los continuos pisotones.

Conforme transcurría el tiempo, el dueño de esos preciosos ojos verdes llamaba más y más mi atención, no paraba de mirarme y sonreírme con una cara atrevida y pícaro, a veces más despejada, otras escondida por el sombrero, dándole más misterio. Yo no me dejaba intimidar por nadie, nunca, así que lo desafié y lo miré fijamente con el ceño fruncido para que se diese cuenta de que su insistente mirada me empezaba a molestar y a distraerme de mi principal objetivo: el concierto. Soltó una carcajada ante mi mirada que me fastidió. No entendía qué le hacía tanta gracia a aquel imbécil. Él, que pareció escuchar lo que pensaba, se acercó a mí, se pegó a mi oído y dijo en voz alta para que le oyese:

—Tu mirada fiera me pone mucho.

Alcé las cejas a la vez que la mano, dispuesta a cruzarle la cara de un guantazo, pero entonces, él la sujetó rodeando mi muñeca con presión y me miró a los ojos mientras yo le enfrentaba con los míos. Bajó la mirada hasta mis labios consiguiendo que la música y los gritos de la gente parecieran desaparecer. Me besó y yo no me resistí. En mi interior tuve que reconocer que me estaban encantando aquellos labios carnosos y expertos que sabían tan bien. Hundió su lengua en mi boca y la sacó poco después para lamerme el lóbulo de la oreja. Dios mío..., me estaba poniendo tan caliente aquella lengua traviesa que me repasaba mi piel sin reparo...

Notaba mis braguitas y mis *leggings* mojados, y él, para comprobar lo mismo que yo pensaba, bajó su mano y la metió por el filo del fino pantalón.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué no me negaba? Nunca había tenido nada sexual con un desconocido y mucho menos en público, pero quería seguir con aquel juego, así que alargué la mano para tocar su bulto a través de su vaquero mientras mi voz interior me gritaba que estaba loca, que era una desvergonzada. La dureza de su miembro acalló esa voz que me impedía disfrutar por completo y toqueteé todo lo que pude, a pesar de que el textil vaquero no me lo permitía. Lo pegue a mi cuerpo para que nadie se percatara de lo que iba a hacer, miré a mi alrededor para comprobar que todos mis amigos y los demás asistentes seguían clavados en el protagonista de la noche, y le desabroché el pantalón. Saqué su pene para masajearlo mientras él hundía dos dedos

dentro de mí, haciéndome jadear contra su pecho. Sonrió al verme mirar hacia abajo, comprobar el gran tamaño que tenía entre mis pequeñas manos y mirarle de nuevo con asombro, aumentando su hombría.

Me tocaba el clítoris enérgicamente e introducía sus dedos. Yo ahogaba mis gemidos en su boca para que nadie pudiera escuchar lo que hacíamos, y nuestros cuerpos estaban pegados estratégicamente para que no se pudiera avistar absolutamente nada, haciéndonos incluso sudar. Yo le masturbaba de arriba a abajo con fuerza, sin miramientos, hasta que su voz, por segunda vez, volvió a sonar cerca de mi oído.

—Me voy a correr pronto, preciosa —murmuró mientras me introducía frenético sus dedos habilidosos.

Asentí sin poder hablar, un orgasmo vino a mí repentinamente, subiendo por mis piernas hasta casi hacerme desfallecer. No tuvo delicadeza alguna ante mi orgasmo, no paraba de masturbarme con los dedos, sin importarle absolutamente nada que yo chillara ante tal culminación. En ese mismo momento sentí su líquido caliente sobre mi mano y un varonil gemido sobre mi hombro.

No me dio tiempo a sentir vergüenza por lo que acababa de suceder, el chico sujetó mi mano y tiro de mí, abriéndonos paso a ambos por toda la multitud. Nos costó salir de allí, pero al final conseguimos llegar a los aseos. Unos aseos portátiles, completamente oscuros y probablemente sucios, aunque pareció no importarnos a ninguno. El chico bajó mi pantalón y me subió la camiseta mientras me posicionaba contra la pared, quedando detrás de mí. Sacó su pene y me embistió. Fue muy rápido y menos placentero que el morbo que se había formado anteriormente dentro de la multitud mientras nos masturbábamos mutuamente. En esta ocasión me folló descontroladamente a la vez que yo tocaba mi clítoris y él me susurraba que me corriera para él, aunque claramente cada uno estábamos buscando nuestro propio placer. Así fue, me corrí para él, y acto seguido, él se corrió para mí, derramándose encima de mi trasero.

Salí de aquel lugar acalorada y exhausta con el chico tras de mí. Con dificultad, caminamos entre la gente para volver al punto inicial, donde me recompuse un poco los pelos y volví a colocarme el sombrero. Cuando me giré a buscarle, había desaparecido, ya no estaba. Y nunca más volví a ver al dueño de aquellos preciosos ojos verdes.

Swingers

Miré a mi alrededor y pensé en qué cojones hacía yo allí. El lugar era lujoso, casi todos sus adornos de cristal, espejos en cada rincón de aquella sala con cientos de luces nítidas que lo embellecían, camareras semidesnudas y mucha gente manteniendo sexo en cualquier lugar. Sin ir más lejos, a mi lado izquierdo, una mujer de unos cincuenta años y su marido le tocaban el falo a un tío que se la había sacado por la cremallera, sin molestarse ni siquiera en bajárselos. Sus gemidos retumbaban en mi oído, pero estaba tan nerviosa que nada de lo que veía me ponía cachonda, ni siquiera observar, con lo que a mí me gustaba...

—Cariño, relájate, si quieres nos vamos —escuché decir a Aaron.

Negué con la cabeza. La maravillosa idea de haber venido a este lugar fue mía y, aunque ya no me pareciera tan maravillosa, no iba a rajarme a última hora. Mi vida sexual tenía que mejorar como fuera, y después de haber descartado miles de opciones, la que me quedaba por barajar era aquella. Tomé mi *whisky* de un solo trago y me acerqué a mi chico con malicia, directa a su pene, tampoco me iba a andar con rodeos a esas alturas, y no quería que me diera tiempo a arrepentirme de lo que estaba a punto de hacer. Le comí la boca con ansia mientras le sacaba el regalito del pantalón, que no tardó mucho en ponerse duro. Comencé a pajearlo tranquilamente, suave y pausado. Aaron gruñó en mi boca y cerró los ojos. Él, que se había negado en rotundo a mi propuesta meses atrás, se estaba dejando llevar por el morbo de la situación.

—¿Estás segura? —preguntó en un susurro mientras gemía y miraba hacia abajo para comprobar que, efectivamente, lo estaba masturbando en mitad de un bar.

Asentí sin más y le besé.

—¿Necesitas ayuda? —La voz de una mujer sonó detrás de nosotros, sobresaltándome y provocando que soltara el agarre a mi chico para mirarla.

Venía acompañada de un hombre que esperaba con una sonrisa impaciente una respuesta por mi parte. Ella; morena, media melena, buen cuerpo, cara fogosa y unos ojos extremadamente azules que le favorecían bastante a su pálido rostro. Él; moreno también, ojos oscuros, alto, nada de otro mundo, pero físicamente aceptable para pasar un rato.

Miré a Aaron con cara de interrogación y él asintió levemente, aprobándolo.

—Sí —respondí a la chica tras el pequeño análisis visual.

No hubo que hacer ni decir nada más para que aquella mujer, de la que no conocía ni el nombre, se arrodillase allí mismo y comenzara a chupársela a mi marido, al que casi se le volvieron los ojos de placer cuando sintió cómo la metía en su boca y

chupaba sus testículos con ansias a la par que yo pajeaba.

Su acompañante pidió una copa con calma a una camarera que ni nos miró, y se pasó unos minutos observándonos con lascivia mientras bebía. Al rato de nuestra danza sobre la polla de mi marido, aquel hombre alto se acercó a mí por detrás, sujetó mi pelo suelto como si estuviese haciéndome una coleta y, tras echar mi cuello hacia atrás, susurró en mi oído:

—Estoy deseando follarte la boca desde que he visto esos labios gruesos.

Me ruboricé ante aquellas palabras directas y cargadas de morbo. Estaba claro que en aquel lugar no se andaban con tonterías, después de todo, se suponía que íbamos buscando lo mismo, aunque algunos estuviésemos menos preparados mentalmente que otros. Y digo «mentalmente», porque noté cómo mi sexo comenzaba a humedecerse ante las manos de aquel tío que rozaba mi cuello, aproximándose a mis pechos todavía con el agarre de mi cabello entre los dedos de su otra mano.

Yo seguía masturbando a mi marido, y la chica, cada vez más frenética, lamía y empapaba sus huevos, queriendo profundizar más con la lengua ya que solo le frenaban los pantalones. Mejor, Aaron nunca me permitía lamer más abajo y hubiese sido incómodo que allí mismo detuviera a la mujer. Cuando estaba a punto de derramarse en la boca de la morena, la pareja dio por terminada la sesión de barra y nos invitaron a pasar a un lugar más discreto. Por allí rondaban aún muchos practicando sexo, pero como todos estábamos a lo nuestro, ninguno nos parábamos a mirar desmesuradamente el numerito que montaban otros.

Pedro y María, o así dijeron llamarse mientras caminábamos por un pasillo y entrábamos en una de las puertas laterales, nos tiraron nada más entrar en una cama redonda cubierta por unas sábanas de seda rojas en la que daba gusto estar. Casi al mismo tiempo y sin darnos opción a pensar, nos comenzaron a devorar. Pedro abrió mis piernas y, sin mucha delicadeza, comenzó a comerme el coño, consiguiendo que cerrase los ojos por un momento para disfrutar del placer. Tuve que abrirlos y mirar a mi lado al escuchar a mi marido decirle cerdadas a María mientras se la chupaba de nuevo. Al parecer él ya se había soltado el pelo y comenzaba a disfrutar de verdad. Los observé un rato más, lo suficiente para darme cuenta de que ella se tomaba el atrevimiento de bajar y proporcionar suaves lametones en el culo de Aaron a la vez que le masturbaba con dulzura de arriba abajo y el gemía, sujetándose con fuerza a la sábana. Una pincelada de celos me cruzó el pecho. Hacía mucho que no sentía esa sensación tan irritante, puesto que nunca había compartido a mi marido y mucho menos había experimentado el que otras hiciesen lo que no conseguía hacer yo. El pensamiento desapareció rápido cuando Pedro me atrapó por la nuca y comenzó a chuparme entera; cara, cuello, pechos, ombligo... Me pegó un bocado en el clítoris y yo di un repullo, prestándole atención.

—¿Estamos a lo que estamos? Yo no gasto saliva en balde.

Me gustó su chulería y que me sacara de mis pensamientos negativos. Volví a lo mío, agarré a aquel tío por el pelo y lo obligué, literalmente y sin dejarlo respirar, a devorarme el sexo brutalmente hasta que me corrí en su boca. Su cara, al ver esos grandes chorros salir de mi orificio, fue una mezcla de morbo y miedo, pero poco a poco abrió la boca y los recibió gustoso.

Me di cuenta de que mi marido me miraba mientras María lo cabalgaba lenta y sensualmente. Vi en sus ojos lo que hacía mucho no veía: pasión. Se mordía el labio y sus ojos brillaban intensamente mientras otro disfrutaba de su mujer. Me acerqué como una gata a darle un beso al mismo tiempo que Pedro aprovechaba para azotarme desde atrás y tocar mi orificio oscuro. No me hizo mucha gracia, de hecho nunca me había gustado, pero se tomó un tiempo con las caricias, lubricó su dedo y lo introdujo tan suavemente que un gritito de placer asomó de mi garganta.

—Te voy a follar por todos lados, pero antes chúpamela, me muerdo de ganas.

Tenía los pantalones bajados cuando me di la vuelta, su miembro estaba completamente duro y mirando hacia arriba. Era perfecto. Más grande que el de Aaron, cosa que a mi marido con su gesto de desaprobación indicaba que no le hacía demasiada gracia. Pero a mí sí, y mucha. Muy moreno, con la punta rosada y unas gotitas casi transparentes brotando de ella. Apetecible para comer. Saboreé su glande disfrutándolo como si el placer me lo proporcionara a mí, y en cierto modo era así, mi coño daba espasmos y se mojaba cada vez más. Me lo introduje en la boca suavemente, tragando lo máximo posible, hasta darme arcadas incluso, y después comencé a darle fuerte, agitando mi boca a la vez que mis dos manos. Comenzó a gemir y tardó poco en apartarme.

—Si sigues, me corro.

No me dio tiempo a mucho, Pedro me empujó hacia atrás, se subió encima de mí y comenzó a embestirme. Llamó a mi marido con un gesto de mano para indicarle que lo ayudara. Sacó su verga de mi sexo y dejó que mi marido se colocara encima de mí, él me levantó en volandas y se colocó debajo. Me lubricó el culo y empezaron a penetrarme juntos. Primero fue una gran punzada de dolor, después una simple molestia y, por último, un placer indescriptible junto a una sensación de plenitud fantástica. No sé cuántas veces me corrí en aquella postura, solo sé que ellos aguantaron mucho más que yo mientras gemía descontrolada como nunca lo había hecho. Mis oídos solo escuchaban blasfemias hasta ahora desconocidas para mí y Aaron.

—Follarme más fuerte, cabrones. Correos en mi cara... —Y todo tipo de expresiones que jamás me había atrevido a utilizar en voz alta.

Salieron de mí casi al mismo tiempo y María —que hasta ese momento no supe

dónde estaba—, esperaba de rodillas en la cama pacientemente. Cogiéndome de los pelos, mi marido me pegó a ella, mejilla con mejilla, y derramó su líquido viscoso sobre nuestras caras, que lamimos y compartimos entre nosotras dos y nuestras bocas, dándonos un impresionante beso y chocando nuestras lenguas manchadas de semen.

Poco más tarde, Pedro tendió a su mujer y se corrió encima de su vagina, dejándome con las ganas de hacerlo en mi rostro.

Mientras esta se masajeaba el clítoris aprovechando la humedad de aquel líquido, Pedro se dirigió a mí.

—Límpiala, Andrea —ordenó.

Me acerqué gustosa y obediente a quitar con mi lengua aquella gran cantidad de semen, aprovechando para comerme su coño y hacerla terminar a ella también.

—Me refería que la limpiaras con papel, pero así me ha gustado más —dijo él mirando a mi marido, con sus pollas totalmente tiasas de nuevo, listas para una nueva batalla.

Sí, aquella experiencia fue de lo mejor que había probado en toda mi vida, pero no, no dio el resultado esperado. Más de una vez repetimos e intercambiamos, pero algo había cambiado: Pedro ahora era mi pareja y María la suya. Las únicas veces que me acostaba con mi exmarido, eran en aquel *pub* cuando lo frecuentaba con su nueva novia.

Un viaje de negocios con lo peor de la oficina

—Hablemos —propuso con poco entusiasmo.

—¿Por qué tenemos que hablar? —Suspiré mientras cruzaba los brazos y me acomodaba en aquel ancho sillón individual—. ¿Es que acaso no podemos estar aquí callados? Tú no me caes bien y los dos sabemos que es recíproco. Así que, nada, a trabajar y punto.

—¿Y qué se supone que hacemos en los ratos libres e incómodos como este?

—Tú puedes hacer lo que quieras..., yo voy a pasar de ti, a ver si así cierras la boca.

Bien, tres horas de camino y dos en el mismo hotel y aún no nos habíamos tirado los trastos a la cabeza. Mi relación con Nicolás era siempre así, desde que entró por la puerta de la oficina, algo se interpuso entre nosotros para no dejarnos llevarnos bien nunca más. Y es que nuestras personalidades eran tan opuestas... Nicolás era el típico tío de buen ver que volvería loca a cualquier mujer con su mirada penetrante y sonrisa encantadora. De estos que se dedican a pasearse por la oficina vestido de traje, seduciendo a las féminas que caen en picado a sus pies y realizan la mayor parte de su trabajo.

Alguna que otra vez, Nicolás me había dicho claramente mientras tomábamos café que era un reto para él conseguir que un día echáramos un buen polvo con el que, seguramente, se me esfumaría todo el mal humor que me acompañaba cada mañana en la oficina al verle. Aquellos días eran los que me controlaba para no escupirle el café por educación o no tirarle la taza a la cabeza, intentando evitar que me costara el despido, aunque mi paciencia no era infinita.

Nos encontrábamos alojados en un lujoso pero pequeño hotel en habitaciones contiguas. Por desgracia, la empresa con la que nos reuniríamos dos días después, necesitaba un buen diseño publicitario para una de las marcas de ropa más reconocidas del país. Nos pasaríamos los días metidos en una de las dos habitaciones intentando poner de acuerdo las ideas de nuestro equipo, y planeando la presentación de nuestro producto.

—¿Paulina?

—Y dale, que no me llames así. —Era el único capullo que utilizaba mi nombre completo. Ni mi madre cuando me regañaba—. Pauli, solo Pauli.

—De acuerdo. ¿Quieres un poco de *whisky*, Paulina?

Suspiré y cerré los ojos para concentrarme en no arrancarle la cabeza antes de la

presentación, así que, sin hacerle demasiado caso, me incorporé y me dirigí al pequeño minibar a servirme por mí misma una copa de Jack Daniel's.

—Me gustan las mujeres autoeficientes. —Vaciló sentándose en el otro sillón que se encontraba pegado al mío.

—A mí los hombres que hablan solo cuando tienen que hablar.

Y así, horas, horas, horas y horas de discusiones, rivalidad, trabajo y sobre todo, whisky.

—Dejémoslo un rato, Nicolás, me encuentro mareada.

Ni siquiera habíamos bajado a almorzar, el *catering* nos había servido la comida en la habitación.

—¿Exceso de trabajo o de *whisky*?

—Exceso de gilipollices y de gilipollas. —Sonreí irónicamente y me levanté patosamente de la silla—. Me doy una ducha, me pongo algo más cómodo que esto, y vuelvo.

Salí de su habitación y entré directa a la mía dispuesta a darme una ducha templada que eliminara de alguna manera el engorro de mi cabeza. Me desnudé rápidamente y eché un vistazo al baño. Bañera *jacuzzi* esquinera y una amplia ducha con una enorme mampara de cristal. Opté por darme la ducha de pie y rápida, tenía que seguir trabajando. En un principio me metí con valentía y puse el agua templada, pero fue rozar mis pies y el valor se fue por el desagüe. Puse el agua bien caliente y empañé en pocos minutos todos los cristales del baño. Disfruté con los ojos cerrados, el agua cayendo por mi cuerpo y masajé con paciencia el pelo para aplicarme la mascarilla tras haber frotado el cuerpo y el cabello. No había tiempo de mucho más, por la noche me sumergiría tranquilamente en el *jacuzzi*, y conseguiría algo de placer en un simple viaje de negocios.

Abrí la mampara y busqué la toalla que debería estar colgaba a la izquierda de la ducha. No alcanzaba a verla, así que salí empapada formando grandes charcos de agua en el suelo.

—¿Buscas esto?

Me giré rápidamente al foco de sonido y me quedé boquiabierta. Si aquello era verdad mataría a Nicolás, si no, nunca más bebería de aquel *whisky*. El muy capullo se encontraba apoyado en el quicio de la puerta de manera casual, con las piernas cruzadas y los brazos también, mi toalla liada en una de sus manos y el vapor acumulado anteriormente haciendo estragos en mi vista. Fueron nanosegundos los que me permitieron inspeccionarle detenidamente, todavía llevaba el traje puesto, solo que se había quitado la chaqueta y la corbata. Una camisa celeste medio desabrochada, una sonrisa divertida y un gran bulto en sus pantalones eran sus más destacados compañeros.

—¡Fuera de aquí! —grité mientras me abalanzaba a él para atrapar mi toalla y poder cubrirme—. ¿Cómo cojones has entrado?

—Eh —retiró divertido la toalla justo cuando iba a atraparla—, ni de coña pensarás que me voy a perder este espectáculo, ¿verdad?

—Tú eres gilipollas, tío.

Golpeé su torso e intenté quitarle la toalla de las manos. Estaba siendo bastante divertido para él verme desnuda, enfadada y dando saltos, pero para mi punto de vista no tenía ni puta gracia.

Tiró la toalla al suelo y sujetó mis dos manos para bloquearme, pegó su torso a mi pecho y cambió totalmente su expresión. Me miró a los ojos y no tuve tiempo de reaccionar antes de que tuviera los labios de Nicolás entre los míos. Intenté apartarme, pero él persistió en su agarre. Notaba cómo su camisa se humedecía a causa de mis pechos pegados a su torso. No sé cuántos segundos pasaron exactamente hasta que dejé de forcejear y acompañé a aquellos exigentes labios. Tampoco sé cuánto tiempo tardaron sus manos en posarse sobre mis pechos y acariciarlos suavemente al unísono. Nicolás me alzó en brazos consiguiendo que cruzara mis piernas por detrás de su trasero y que mis tetas quedaran casi a la altura de su boca. Los lamió lentamente con un solo propósito: que me entregara totalmente. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Sentía su lengua viva explorando mi cuerpo, y el exceso de agua correteando por mi espalda y aterrizando en mi trasero. Nicolás refregaba efusivamente mi pubis contra el considerable bulto que escondía sus pantalones. Odié en aquel momento a esa fina tela más de lo que lo había odiado a él durante dos años en la oficina. Arremetí como pude contra el pantalón y saqué aquel miembro que tanto ansiaba tener dentro.

Un golpe de lucidez apareció antes de ensartarme violentamente en su polla. ¿Qué estaba haciendo? Dos años pasando de su atractivo natural y ahora sucumbiendo a su pelo alborotado y afilada mirada. No articulé palabra, sin embargo, hice ademán de bajarme y terminar con aquel caprichoso ataque de lujuria. Nicolás sonrió de medio lado, atisbando mis intenciones, así que agarró su pene y aprovechó el salto que di para bajar de él y atravesarme con su miembro haciendo que la poca lucidez que me quedaba, desapareciera totalmente, detonando un gemido desgarrador en mi garganta, acompañado de mis ojos bien abiertos.

Me sujetó por las caderas y, como si fuese una muñeca de pocos kilos, me manejó a su antojo en un sube y baja constante que me llevaba al séptimo cielo. Grité mientras me corría de una manera nueva, diferente... Estaba suspendida en el aire con mis piernas alrededor de su cintura y sin poder poner freno a ese intenso orgasmo que me hizo temblar entera. Sin tiempo a mucho más, me sacó del baño, aún desnuda y chorreando —en todos los sentidos—, y me colocó en la cama a cuatro patas. Solo

veía mechones de mi cabello mojado tapando parte de mi cara, pegado a mi rostro y a mis labios, y a Nico arrancando su camisa y disponiéndose a un segundo asalto para mí.

Me penetró desde atrás arrancándonos gemidos, consiguiendo que mi espalda se arqueara y mi trasero se inclinara más, pudiendo dar así mucha más profundidad con su gran falo. Una y otra vez entraba y salía de mí sin darme ningún descanso. Ni una sola palabra. Jadeos descompasados y desgarradores; agudos por mi parte y varoniles por la suya. Fluidos, sudor, agua y sabor a *whisky* en los labios. Un gruñido final, la sensación de su semen descendiendo por mi pierna hasta descansar en el colchón. El cuerpo de Nico encima de mí sin haberme percatado siquiera de haber adoptado aquella posición y un nuevo combate entre su cuerpo y el mío.

Un buen viaje de negocios, con lo peor de la oficina.

Regalo de cumpleaños

Qué extraña e intensa sensación esa de tener los ojos vendados y las manos atadas. Apremiar cómo se agudizan los sentidos restantes... Cómo puedes evadir todo lo demás para deleitarte únicamente con el tacto, igual que yo me deleitaba en aquel momento.

Daniel me tocaba entera con una paciencia que pocas veces había tenido a la hora de jugar en la cama, besaba y acariciaba mi clitoris, y proporcionaba con su lengua suaves lametones, poniéndome a mil por hora mientras tiraba de mis pezones con cariño pero a la vez con cierta rigidez, volviéndome loca. A esta estupenda danza, entre su cuerpo y el mío, añadió un dedo a mi vagina, sabiéndome a poco, consiguiendo que me moviese en la búsqueda de más. Me pareció intuir que sonría y, tras ello, añadió un dedo más, y después otro... hasta cuatro. Los bombeó con fuerza, tanto que los nudillos chocaban con vigor contra mí, revolviéndome de placer, a punto de tocar el cielo.

—No, cariño, aún no. Falta tu regalo de cumpleaños y espero que te guste.

Subió hasta mis labios y los besó con calma dejando mi propia humedad y sabor encima de ellos. Se despegó de mí y salió del colchón. Noté cómo su peso desaparecía y sus pasos se movían por la habitación hasta salir de ella, intuyéndose cada vez más lejos. Me quedé en silencio, intentando oír más, atada y expuesta con las piernas abiertas y la curiosidad de aquel regalo de cumpleaños que Dani había mencionado. Poco después, volví a escuchar pasos, pero esta vez no eran únicamente suyos, mi marido venía acompañado y un extraño nerviosismo cargado de vergüenza se apoderó de mí.

—¿Quién es? —pregunté alzando la voz, evidenciando mis nervios.

Nadie me respondió hasta segundos después.

—Shh... Calla y disfruta —susurró Daniel mientras posaba sus manos encima de mis pechos desnudos y los amasaba.

De repente sentí dos manos más, estas sobre mis hombros, que comenzaron a moverse poniéndome en tensión sin dejarme casi analizar lo que ocurría. ¿Es que Dani quería que otra persona participara en aquello?

En pocos segundos, las cuatro manos se entrelazaron, sin dejarme descifrar si era mi pareja quien me tocaba algunas zonas o la tercera persona en cuestión. Pasaban por encima de mis labios, de mis pechos, por las piernas, el ombligo... Y juntas se dirigieron a mi vulva, abriendo dos de ellas mis labios exteriores, tocando las dos restantes los interiores. Mi espalda descansó sobre el colchón, rendida al placer. Necesitaba disfrutar plenamente de aquel momento sin pensar en nada más. Después

de todo, mi marido lo quería así.

Una lengua allanó mi clítoris absorbiéndolo hacia dentro y pegando suaves bocados que me hacían ver las estrellas, aun con esa cinta que me cubría los ojos.

Me entregué completamente y me corrí gimiendo sin parar mientras recogía con su lengua los fluidos que resbalaban por mis piernas.

No me permitían ver ni tocar, pero pude sentir que era un hombre. Su fuerza al tocarme y esas manos rudas me lo indicaban. Me soltaron las manos, las moví en círculos para despejar la presión que habían ejercido sobre ellas y me colocaron de rodillas en la cama. Alguien atrapó mi cara entre sus manos y me dirigió la boca hasta su pene. Era mi chico, sin duda.

Chupé con ansia y fuerza, demostrándole que estaba muy caliente, que me encantaba aquel regalo que me estaba haciendo. Lamí eufórica, como pocas veces. Recubrí con mi boca su prepucio y moví el cuello sin meterla entera, pero con un vaivén constante y repetitivo. Le escupí para lubricarla y la sacudí con furia, y cuando pensé que esa polla explotaba por tan grandes acometidas, y se iba a derramar en mi boca, alguien atrapó de nuevo mi cara y repitió el mismo procedimiento. Sí, era un hombre y metió su pene en mi boca. No era extremadamente enorme, pero sí bastante gruesa, tanto que me costó trabajo chuparla. Cuando decidió que era suficiente, volvieron a manejar mi cuerpo a su antojo. Aquel extraño se acomodó bajo mi cuerpo y, comprobando que estaba más que húmeda, colocó la punta en mi entrada y me penetró con fuerza. Se había puesto un preservativo, cortando el completo contacto piel con piel que ansiaba en esos momentos. Quería disfrutar plenamente de alguien desconocido y revelé mis pensamientos en voz alta, la curiosidad me hizo alargar los brazos y tocar su pecho duro. Bajé hasta el abdomen marcado y repasé cada cuadrado con excitación. Un líquido frío y viscoso en mi ano me hizo saltar y desconcentrarme. Supe lo que iba a pasar y, aunque no sentí miedo porque Daniel y yo lo practicábamos a menudo, sí sentí algunos nervios al imaginar lo que sería sentirme llena al completo.

—Tranquila, nena, estás muy excitada, te encantará —dijo Daniel mientras toqueteaba mi agujero y me hacía confiar.

Lo introdujo poco a poco con facilidad, para después colocar su miembro en la entrada y meterlo. El otro chico se detuvo para hacerlo más fácil y volvió a moverse hasta que pedí más.

Me gustaba.

Cogieron el ritmo con facilidad. Primero despacio, luego aumentando la velocidad y la rudeza de los embistes, hasta que de buenas a primera, todo se descontroló. Gritaban cosas sucias que me encendían y de vez en cuando azotaban con fuerza mi trasero, haciendo que ardiera sin llegar a sentir dolor. Pensé que moriría cuando el placer comenzó a apoderarse de todo mi cuerpo, bloqueando incluso los músculos y

teniendo que detenerme, siendo únicamente movida por los dos hombres que me poseían sin descanso. Gemí.

—No puedo más —reconocí en un susurro ahogado.

—Déjate ir, tesoro, detrás de ti vamos nosotros.

Y me dejé ir. Permití que aquella explosión se hiciera con mi cuerpo y saliera por todos los poros, dejándome agotada entre sus cuerpos sudados. Los sentí tensarse.

—Vamos, correos dentro de mí. Los dos juntos.

Aceleraron las embestidas, los gruñidos y los azotes. Gimieron con fuerza y, sin más, aflojaron dejándome claro que se acababan de derramar en mi interior.

Caí rendida sobre las sábanas cuando se salieron de mí, jadeante y extasiada por tanto vivido en tan poco tiempo. Aquel desconocido se levantó sin tomarse un descanso y se marchó sin darme la oportunidad de ver su rostro, cosa que me entristeció en cierto modo y me sembró la duda de por vida. Necesitaba saber quién había sido, en parte, responsable de aquellos maravillosos orgasmos.

Daniel me quitó la cinta de los ojos y me sonrió dándome un dulce beso en los labios.

—Feliz cumpleaños, cariño, espero que te haya gustado.

El probador

—Este es el tuyo —susurró una voz tras de mí.

Me giré a observarle. Era alto, de piel y cabello claro y sonrisa atrevida. No me inmuté, aunque consiguió captar mi atención. De reojo percibí que era un trabajador de aquella misma sección de vestidos de fiesta; su atuendo y pajarita en el cuello lo evidenciaban.

Busqué con la mirada a la chica que anteriormente había estado echándome una mano con la elección, pero estaba ayudando a otra mujer, así que me tomé un segundo más para mirar el vestido que el rubio tenía en las manos. Negro brillante, espalda descubierta hasta la cadera y escote insinuante pero no demasiado provocativo. Era precioso, sí. Me acerqué a mirar la etiqueta y casi me caigo para atrás del susto.

—Se me va de precio —dije de manera escueta, sin querer observar al chico que me miraba con aquella sonrisa tan descarada—. Es bonito, pero muy caro.

—Cualquiera se pegaría el capricho con esas curvas. Serás la envidia de todo el mundo cuando fusiones este trapo con la percha. Porque lo mejor es la percha, sin duda.

Sonreí ante su descarado. Si aquello era una estrategia de *marketing* con la que convencerme, estaba funcionando, porque de repente tenía toda mi atención.

—Entra y pruébate, no pierdes nada.

Le miré a él, después al vestido, de nuevo a él, otra vez al vestido... Se lo quité de las manos mientras sonreía y tras un suspiro me adentré en un pasillo repleto de probadores. Pasé a uno de ellos.

Cuando me vi ante el espejo con el vestido colocado no pude más que contener la respiración. Era perfecto. Cualquiera diría que estaba dibujado sobre mi piel.

—Te lo dije —escuché decir tras de mí.

Pegué un respingo por el sobresalto, aunque esta vez no me giré, podía ver perfectamente a través del espejo que el dependiente se había tomado la libertad de abrir la cortina y pasar al interior de mi probador.

No me dio tiempo a protestar, aunque para qué engañarnos, tampoco pensaba hacerlo. Se acercó por detrás, atrapó mi pelo con las dos manos y lo subió creando una especie de recogido para que se viese un poco más elegante. No pasó desapercibido para mí el roce de sus dedos intencionados subiendo con suavidad por mi cuello. Colocó su cabeza encima de mi hombro desde atrás, de tal forma que veía estupendamente su cara y la mía juntas en el espejo, como un amigo que sin reparo entra a aconsejarte.

—Así está mucho mejor —dijo posando los labios sobre mi cuello y dejando, en

él, un húmedo beso que me estremeció—. Ahora solo falta realzar un poco más la parte del escote.

Lo miré con cara de pocos amigos, aunque mis partes bajas no se indignaron tanto. Me excitaba muchísimo la situación y no pondría impedimento alguno a sus intenciones. Él lo notó.

—En mi opinión profesional, este escote iría así. —Alargó la mano y lo ahuecó, dejando ver un poco más mis pechos, pero sin rozar nada que no debiera.

—¿Y en la opinión personal? —pregunté con atrevimiento.

—En la personal... —Suspiró y movió sus dedos acariciando mi pelo—. En la personal te arrancaba el vestido sin importar su precio.

Nuestros ojos chocaron en silencio a través del espejo, esperando el permiso el uno del otro y, tras esa pequeña pausa, aquel chico rubio y atrevido se convirtió en un salvaje que me devoró.

Me giró de un solo movimiento y se pegó a mis labios, proporcionándome el placer de una lengua húmeda rebosante de erotismo. Pero aquel beso desenfrenado duró poco tiempo. Prefirió degustar otras zonas de mi cuerpo. Me giró hacia el espejo de nuevo para que pudiéramos vernos bien, y aquel simple gesto consiguió que me mojara más. Sabía que iba a presenciar todo lo que estuviera por ocurrir en aquel probador.

Subió el vestido con ambas manos, rozando mis piernas, sintiendo aquella tela fina y delicada ascender a través de ellas. Entretanto, comenzó a besarme con deleite las orejas por detrás, bajando hasta el cuello y deteniéndose unos segundos de más en marcarlo sin pudor.

Consiguió alzar el vestido hasta mi cintura, y emprendió la misma tarea con la parte superior, esta vez descendiendo hasta el mismo punto, dejando el vestido alrededor de mis caderas como si se tratase de un cinturón de tela ancho. Me instó a apoyar las manos sobre el cristal sin quitar su mirada de la mía a través del espejo y sacó su falo, el cual no llegué a ver por encontrarme de espaldas a él.

El rubio no se molestó en quitarme las bragas, las echó a un lado, posicionó su pene en la entrada de mi vagina y, sin preguntar, notando que estaba más que lista para el siguiente paso, se introdujo con una lentitud pasmosa, llegando a notar sin visualizarla, la longitud y el grosor de aquella herramienta que, dura, muy dura, martilleaba en mi interior.

Suavemente.

Una vez, y otra, y otra. Dentro, fuera, dentro, fuera.

A veces vacilaba sin meterla y entonces nuestros ojos se encontraban en el espejo.

—Mírame —murmuraba bajito con una sonrisa en la cara—. Míranos —rectificó.

Y cuando lo hacía, volvía a complacerme con otra cálida embestida, suave,

constante, placentera... Dando en aquel lugar mágico que pocos hombres encontraban sin conocerte, chocando con todas las paredes de mi interior, arrancándome suspiros.

—¿Te corres? —me preguntó mordiendo el lóbulo izquierdo de mi oreja al ver la mueca de excitación que se mostraba ante aquel espejo.

Solo pude asentir, jadeando casi en silencio, asustada y excitada a la vez por aquel miedo que solo una persona que se expone a que le pillen haciendo cosas malas experimenta.

Conseguí abrir los ojos, fijar la mirada sobre la suya, y me dejé llevar totalmente mientras él sonreía, orgulloso por el placer que mi rostro y mi cuerpo contraído evidenciaban. No contento con todo ese gusto que me proporcionaba, el señor de la pajarita tuvo la idea de rodear mi cuerpo con uno de sus brazos y alargar la mano hasta mi clítoris, al que maltrató presionándolo a la vez que realizaba circunferencias en él.

—Manuel, ¿dónde estás? —dijo una voz desde fuera.

El chico, sin parar de acometer dentro de mí, apartó la mano de mi clítoris, la subió hasta su boca y alzó el dedo índice sobre sus labios, pidiendo silencio. Empujó contra mí con una fuerza bestial, buscando su placer. Miré hacia atrás con la boca sellada para no dejar escapar ningún gemido que nos delatara, atrapé el dedo que posaba en su boca y lo metí en la mía para lamerlo con lentitud. Aquel fue el detonante para que el chico saliese de mi interior, apuntara hacia el espejo y dejara allí los restos de lo que en pocos minutos había ocurrido.

Guardó su falo en el interior del pantalón, se recompuso la pajarita y antes de salir del probador dijo:

—Disfruta el vestido, preciosa, y acuérdate de mí cada vez que te lo pongas.

Me quedé allí de pie, pasmada, con la tela alrededor de mi cintura y pensando que no me podría llevar aquella prenda. Dejaba entrever demasiado, incluso las marcas que aquel dependiente había dejado en mi cuello.

Cómo aprobé la asignatura de gimnasia

Estudiar sí, correr no. Para qué vamos a engañarnos, soy vaga en ese aspecto y por mucho que me esforzara en gimnasia, nunca superaba las pruebas físicas. Alfredo, mi profesor, sabía que yo tenía muchas posibilidades de ser algo en la vida gracias a mi esfuerzo en los estudios, pero aun así y, aunque le diera pena, si no aprobaba su puñetera asignatura no había nada que hacer. Hablé con él para intentar darle una solución a mi problema y llegamos a la conclusión de que lo mejor sería un preparador físico que me ayudara por las tardes.

—Yo lo haré encantado, Gema, siempre y cuando te esfuerces y pongas interés.

Acepté emocionada. Sobre todo por no gastarme el pastizal que costaba un entrenador personal.

Llegamos al acuerdo de vernos aquella misma tarde en el gimnasio de la facultad a las cinco, hora a la que ya no rondaba casi nadie por allí y en la que no molestaríamos.

Comenzamos con las pruebas: flexibilidad, fuerza, resistencia y velocidad.

Corría una mierda y aguantaba otra más grande. Había quedado claro que el trabajo físico no era lo mío, se tratara de lo que se tratase. Por suerte para mí, y para no hacer un ridículo enorme, la flexibilidad siempre se me había dado genial. También ayudaba el hecho de haber estado en *ballet* varios años.

Alfredo parecía estar pasándolo bien. Me miraba divertido apoyado en la pared. Lo observé con detenimiento, más de lo que lo había hecho otras veces mientras cuchicheaba sobre él junto a mis compañeras. Era atractivo. Tendría unos treinta y tantos o cuarenta años, pelo oscuro, ojos miel, labios carnosos y mucho más alto que yo. Vestía un chándal de color naranja fluorescente con adornos negros que resaltaban su tono de piel moreno. De su cuello colgaba un silbato plateado y yo sonreí al imaginar las cosas que podría hacer con ese aparatito suyo.

Me estaba poniendo cachonda de pensar en aquello, aunque con el tiempo que llevaba sin catar a un hombre, cualquiera con un poco de atención y algo de morbo conseguiría ponerme. Alfredo pareció leerme el pensamiento y quiso disolverlo.

—Gema, ¡vamos! Enséñame eso que sabes hacer.

Me apoyé en la pared completamente recta.

—Me tienes que ayudar —informé—. Con tu rodilla aprieta mi pierna derecha e inmovilízala, y con tu mano sujeta mi pierna izquierda y súbela todo lo que puedas.

Se acercó a mí, colocó la rodilla sobre la mía, aprisionándola, y comenzó a subir

la otra pierna.

—Sin miedo —dije al ver que lo hacía tan despacio que parecía estar compuesta de moléculas de cristal.

La subió con un poco más de agilidad y la pegó a la pared dejándome completamente abierta de piernas y su cuerpo pegado al mío. Se quedó mirándome a los ojos con sorpresa y, antes de que hiciera un comentario que me alabara, atrapé el silbato que colgaba en su cuello y lo metí en mi boca. Tiré de él con mis dientes, consiguiendo que el profesor se acercara un poco más a mi cara, y cuando lo tuve a apenas unos centímetros, en silencio e impresionado, chupé aquel aparatito frío de sabor a hojalata. Un breve pii salió emitido y él pareció escapar de su hipnotismo.

—Alfredo, baja que duele —le pedí con una sonrisa divertida al darme cuenta de que comenzaba a ejercer demasiada fuerza en mi pierna.

La soltó como si le quemara la mano y se apartó de mí unos metros, disimulando hacer otras cosas. Bien, comenzaba a fijarse en mí, y aquello me alegraba, porque claro, era muy difícil aprobar una asignatura completa haciendo solo uso de la elasticidad. Aunque si sabía aprovecharla bien...

Fui a beber agua mientras lo dejaba recomponerse levemente y no asustarle, pero tampoco podía tirar por la borda el efecto que acababa de causar en él. Al soltar la botella, me agaché completamente dejando el culo ante sus ojos, que, aunque no los viera, los notaba fijos en mí. Los pantalones deportivos cortitos que llevaba dejaban poco a la imaginación en aquella postura tan sugerente y, al parecer, fue efectivo, pues, por el rostro de mi profesor, que parecía comenzar a quedarse sin aire, me quedó claro que algo provocaba en él.

Coloqué un banco en mitad del pabellón y me tendí bocarriba sobre él, para continuar con la prueba. Abrí mis piernas hacia los lados todo lo que me fue posible y llamé a Alfredo para que me ayudase. Se acercó con recelo, pero finalmente me permitió colocar sus manos en la cara interna de mis muslos, donde apretó para abrirlas completamente.

—Joder, ¡pareces un chicle! —exclamó sin soltarme.

No lo pensé, atrapé sus manos con las mías y las conduje sin esfuerzo a través de mis muslos hasta llegar a mi parte más íntima. Alfredo me miró sin moverlas un ápice, quizás asustado de lo que pudiese pasar.

—Gema, ¿qué haces?

Y Gema decidió ir a por todas, porque era en ese momento o nunca.

—Estoy húmeda —murmuré pasando sus manos por encima para que comprobase que no mentía—. Por favor, ayúdeme a quitarme esta calentura. Prometo que no saldrá de aquí, no se enterará nadie.

Noté cómo se dejaba llevar mirando mis labios que vocalizaban con calma.

Probablemente una voz interna lo hacía luchar contra sus ganas, pero sabía que provocándolo un poco más con la mirada y los labios entreabiertos, sucumbiría a mis encantos. Y así fue, el profesor no se controló ni un poco más. Comenzó a tocar mi coño a través de los finos pantalones, consiguiendo que mi humedad creciera.

Echó a un lado mi tela y mis bragas se fueron detrás. Se quedó pasmado, observando mi sexo con una mezcla de excitación y miedo por lo que estaba ocurriendo.

—Hágalo —le pedí—. Chúpelo.

Me miró una última vez, indeciso, y después comenzó a descender hasta llegar a él y pasar su lengua una sola vez con parsimonia.

—Debería limpiar toda la humedad —continué provocando—. El pecado ya está hecho, ahora disfrútelo hasta el final.

Su lengua se avivó ante mis palabras y, como un animal en celo, se permitió dar rienda suelta y chuparme de manera completa, pasando su lengua por todos mis pliegues, mis rincones...

—No chilles, podría rondar alguien por aquí —me alertó sin parar de lamer.

Tapé mi boca con mi mano para que mis gemidos se escuchasen menos. Sobre todo cuando introdujo casi todos los dedos de su mano, haciéndome correr de manera inmediata.

Cuando lo hubo conseguido, se apartó de nuevo de mí como si quemase, como si se hubiera estampado contra la realidad.

«Sí, Alfredo, le estabas comiendo el coño a una alumna», pensé.

—¿Contenta? —me preguntó—. ¿Se te ha pasado la calentura?

Sonreí.

—Algo tendremos que hacer con eso, ¿no? —Señalé el bulto que se escondía bajo su pantalón deportivo—. Follarme a cuatro patas sobre este banco, por ejemplo.

Creí que convencerle me costaría más, pero no fue así. Alfredo se acercó de una zancada, me atrapó por la coleta y me hincó de rodillas delante de él, delante de su gran bulto.

—¿Quieres jugar? Está bien, juguemos.

Con furia acercó mi cara a su polla cubierta, y yo, disfrutando demasiado de aquel espectáculo, le lamí con ansias sobre el chándal, dejando en él un reguero de babas que se marcaban en la tela. Sin poder esperar más, bajé el pantalón, intentando liberar su miembro, que chocó contra mi mentón de manera brusca al salir disparado de los calzones que lo apresaban.

Aquel gesto pareció excitarlo demasiado, pues atrapó su polla y me golpeó varias veces sobre la mejilla con ella. Cansado de jugar o impaciente por sentir placer tal vez, me obligó a abrir la boca y se incrustó en ella de una estocada. Chupé y chupé

ayudándome de mi mano para masturbarle y del impulso que él me proporcionaba aprisionando mi cabeza hasta que me apartó para no correrse.

Me situó en pie frente al banco, de espaldas a él. Apoyé mis manos sobre la madera, con las piernas totalmente juntas y cerradas. Bajó mi pantalón y me penetró desde atrás. Unas cuantas embestidas rápidas que no me dieron tiempo a disfrutar apenas. Sabía que se iba a correr y, antes de que aquello terminase de manera precoz, me levanté de un movimiento y me puse frente a él.

—¿Cómo aprobó la asignatura de resistencia, profesor? Veo que tiene poca.

Aquello pareció hacerle gracia. Sonrió mientras con sus manos, haciéndome andar de espaldas, me llevaba a la pared donde le había demostrado mi ejercicio de flexibilidad.

—No lo recuerdo, pero vamos a comprobar cómo apruebas tú la de flexibilidad.

Repitió el procedimiento anterior; apoyada en la pared subió mi pierna hasta arriba y la otra la dejó abajo. Y así me folló, consiguiendo, ahora sí, que me corriera y dejándome evidenciar con gemidos mi placer. Él también gruñó cuando se corrió, sacando su polla de mi interior y derramando su semen caliente en mi pierna.

—Tienes aprobada flexibilidad, pero todavía te quedan algunos entrenamientos para poder superar las otras restantes —dijo con malicia, pegado a mi cuerpo y besándome.

—Usted tiene aprobada velocidad, pero aún le falta resistencia —le espeté cogiendo el silbato de su cuello y metiéndolo en mi boca sensualmente mientras le miraba a los ojos.

—Como vuelvas a hacer eso, te follo de nuevo —amenazó.

Atrapé el cacharrito y lo volví a hacer, tentando a la suerte.

¿No consentido?

Rebeca se despidió de Eva en la puerta del *pub*. Lo mejor de la noche sería llegar con vida andando sobre esos enormes tacones y con unas copas de más encima. Se detuvo un segundo mirando al frente, sonrió divertida por el camino que le esperaba y suspiró mientras echaba a andar.

Unos cien metros quedarían para llegar a su casa cuando empezó a escuchar leves pasos tras de sí. Se giró varias veces un poco asustada, intentando calmar su corazón. La calle estaba alumbrada por sencillas farolas con cristales casi opacos, castigados por el tiempo y necesitados de un buen pulidor. Llegó a pensar que todo aquello era fruto de su imaginación y del alcohol, aunque inconscientemente anduvo más ligera de lo que los tacones le permitían. Miró atrás de nuevo y esta vez visualizó un hombre muy alto vestido de color oscuro. Las piernas le fallaron y tropezó con sus propios pies cayendo de bruces al suelo. Asustada, intentó erguirse y retomar el camino lo más rápido que pudo, pero antes de hacer un mínimo movimiento, unas manos la atraparon y levitó del suelo. También intentó gritar, pero la palma de aquel hombre era tan grande que ocupaba su cara completamente, tapándole nariz y boca, dejándola casi sin respiración.

Rebeca no supo cómo llegó a aquel angosto y taciturno callejón tan rápido. Si el espacio era reducido, a ella esa sensación se le duplicó por diez debido al miedo que estaba pasando.

Se encontraba apoyada en una pared, sujeta por el cuerpo de aquel cabrón que le amordazaba la boca con una mano, y con la otra toqueteaba sus tetas por encima del fino vestido. Se atrevió a abrir los ojos y enfrentarse a lo que venía: una mirada más oscura que aquella noche y más intensa que el propio callejón. Aquellos ojos la traspasaron como si pudieran ver a través de ella. El asqueroso pelo revuelto del individuo, la barba desparejada y la chaqueta extremadamente holgada por los hombros decían mucho de aquel tipo que olía tan mal. Echó el vaho encima de ella pegándose mucho a su boca y el repugnante hedor de un mal aliento, mezclado con tabaco y alcohol, rebotó en su garganta. Rebeca hizo una mueca de asco y comenzó a llorar.

¿Es que nadie oía sus sollozos?

Este arrastró su gran mano suavemente desde el muslo de Rebeca hasta el interior de su vestido, la pasó por encima de las bragas y sonrió ladeado al notar que no estaba mojada.

—¿Qué pasa, zorra, ahora no provocas? —Una voz grave inundó su oído y solo la hizo llorar silenciosamente un poco más—. Eres una puta, te gusta que te traten como

tal y eso voy a hacer. Voy a conseguir que ese coño chorree con solo escucharme.

Tiró fuerte de sus bragas haciendo de ella un trapajo de una sola pieza. Acercó la mano a sus labios sin llegar a tocarla demasiado, solo un roce.

—Oh, Dios..., estás depilada. Tienes un chochito apretadito y depilado. —Ella observó cómo aquel tío cerraba los ojos con concentración y volvía a acercar el aliento a su oído—. Ahora voy a meter de una sola vez un dedo en tu coño, ¿vale? —Rebeca no contestó ni gesticuló, se limitó a llorar más y más con la boca cubierta—. ¡Contéstame! —gritó dejando un poco de espacio para que la muchacha pudiera hablar—. ¿Quieres o no? Espero que tu respuesta sea satisfactoria para mí y así no tener que enfadarme contigo...

—S... s... sí —contestó ella a duras penas, para acabar con aquello lo más rápido posible. Nadie pasaba por allí, nadie se asomaba a las pequeñas ventanas y su frustración crecía y crecía, sabiendo que iba a ser complicado pararlo.

—Buena chica —susurró, apestandola de nuevo con su mal aliento—. Como te iba diciendo, ahora meteré un dedo en tu coñito, solo una vez. Relájate, pequeña, y disfruta, todo será más fácil. —Sonrió maliciosamente—. Quiero saber cómo hueles y cómo sabes.

Ella forcejeaba y pegaba una pierna con la otra. Él, hábil y rápido, metió su rodilla en medio, separándolas. Rozó su sexo de nuevo y para sorpresa de ella, que pensaba que iba a ser brusco, incrustó suavemente un solo dedo en su interior, haciendo que inconscientemente sintiera algo de placer.

Sacó el dedo tal y como había prometido y la respiración de ella se descompasó, pero ahora sus quejidos no guardaban solo miedo.

—¿Te gusta? —preguntó el individuo.

Rebeca negó con la cabeza.

—Qué mentirosilla eres, lo haces fatal. —Rozó su nariz en un gesto «amable» mientras seguía con la firme sujeción.

Volvió a repetir el proceso, metió el dedo suavemente hasta el interior de Rebeca y, tras un breve gemido casi inaudible por parte de ella, lo sacó para llevarlo a su propia nariz y olfatearlo con esmero. Rebeca observó cómo aquel hombre cerraba los ojos y se embelesaba con su olor.

—Qué bien hueles... ¿Quieres probar tú?

Ella volvió a negar enérgicamente y evitó aquel dedo que se acercaba a su rostro. El hombre, cansado del juego, sacó su miembro bastante empalado del triste y roto pantalón y lo incrustó dentro de ella, haciendo que un gemido saliera de su boca sin intención de ocultarlo. Rebeca se percató de que aquel inhumano no se detenía a festejar que ella estuviese disfrutando con aquella lamentable escena o no, así que sin muchas opciones que elegir, cerró los ojos y disfrutó de ese gran trozo de carne que

bombeaba sin parar.

El desconocido, tras varios minutos embistiendo a la chica borracha sin piedad, se derramó sobre las tersas y largas piernas de ella. Rebeca suspiró sin entender ni ella misma si aquel suspiro era de alivio o desocupación. Observó paralizada cómo el sujeto acomodaba la polla en su lugar correspondiente y se marchaba con una sonrisa de satisfacción.

Por otro lado, ella lloraba de camino a casa mientras pensaba en lo mísera y sucia que se sentía por haber disfrutado de semejante crueldad.

Se le volvió a olvidar de nuevo aquella sensación, cuando al meterse en su morada, llevó las manos al clítoris y se corrió varias veces pensando en aquel desconocido desaliñado y de mal hedor.

Venganza a mi ex

Giré la cabeza de izquierda a derecha mientras respetaba el *stop* y con precaución, comencé a avanzar cuando de repente, se cruzó un coche que pareció salir de la nada. Frenazo terrible, pero al menos no me lo había llevado por delante. Choqué la cabeza con el duro volante quedándome un poco traspuesta y cuando volví en sí, abrí la puerta del coche blasfemando a voces sobre el imbécil que se había cruzado a esa velocidad.

—¡Eh, tampoco te pongas así, que el *stop* lo tienes tú! —exclamó saliendo de su vehículo y viniendo hacia mí.

Esa voz, aun sin ver quién se acercaba por detrás, se clavó en mis oídos y dio un pellizco de odio enorme en el interior de mis entrañas. Me giré con calma para comprobar que, efectivamente, era el capullo de mi ex. La mandíbula se me tensó y las manos se me cerraron formando puños. Habían pasado unos tres años desde nuestra ruptura, nos habíamos encontrado mil veces por la ciudad, pero nunca nos habíamos visto obligados a dirigirnos la palabra.

Resumiré nuestra historia contando que lo encontré follando con otra tía y me enteré de que se había tirado a unas cuantas decenas más. Me humilló todo lo que pudo cuando fui a pedirle explicaciones y me marché sin más, dejando todo el dolor acumulado dentro de mí sin haberlo podido desfogar con él. Ya no le quería, ni mucho menos, ni siquiera ocupaba mis pensamientos, pero siempre tuve claro que algún día llegaría mi venganza. Aunque aquel no era el día, no en mitad de la calle y formando un espectáculo. Él se quedó mirándome fijamente mientras me daba la vuelta, volvía a subir al coche, pegaba un portazo y le dedicaba bien alto un «muérete, gilipollas».

Pasaron unos cinco meses hasta que, por desgracia, coincidimos en una barbacoa nocturna, celebrando el cumpleaños de una amiga que, como la mayoría de mi grupo, era también amiga de él.

La noche transcurrió con normalidad, su novia, aquella tía con la que me había engañado y de la que estaba segura de que sabía quién era yo, ni siquiera me miraba, y él, alguna que otra vez intentó cruzar miradas conmigo de manera seria sin conseguir agotar la mía, que no se cansaba de observarlo con desprecio minutos y minutos ante la incomodidad de todos los presentes, conocedores de nuestra historia. Bebí demasiado, bailé y reí, olvidándome incluso de que él estaba allí.

Serían alrededor de las cuatro y media de la mañana cuando se tranquilizó la cosa y pasamos dentro de la casa para dormir, pero al tumbarme en la cama comencé a marearme un poco y decidí salir fuera a tomar el fresco. Quizá había bebido demasiado.

Vi las ascuas de la hoguera encendida rato antes y decidí sentarme en una de las muchas sillas que había alrededor de ella. Me encendí un cigarro y me acurruqué en la gran sudadera que me había prestado un amigo. Relajada en aquel lugar oscuro que solo se alumbraba por la pálida luz del leve fuego, y evadida en mis pensamientos, escuché detrás de mí:

—Cuando te enfadas, te pones igual de guapa o más que antes. No has cambiado nada...

Era él, y supuse que se refería a nuestro encontronazo unos meses atrás.

—Tú eres más gilipollas y algo más cabrón quizá. Mira por dónde, has conseguido superarte.

Sonrió dejándome claro que se lo pasaba bien con mi comentario. A mí, en cambio, me molestó su actitud de mierda. Me giré en la silla, quedando frente al respaldar, a mirarle más detenidamente, dándome cuenta de que realmente no había cambiado demasiado desde que lo dejamos. Un poco más maduro físicamente, no más. Pensé con detenimiento que era la ocasión perfecta para llevar a cabo mi venganza y decirle lo que tanto tiempo había callado, creándose en mí un cúmulo de rencor y resentimiento, pero entonces se acercó con rapidez y me besó en los labios. Puse las manos contra su pecho y le empujé con fuerza, pero él aferró sus dos manos a mis mejillas y continuó con su boca pegada a la mía. Le golpeé con furia, pero no le importó. Estaba más duro de lo que le recordaba. Mis puñetazos fueron bajando de intensidad hasta darme cuenta de que estaba totalmente entregada. Quizá por el alcohol, quizá por los recuerdos que, traicioneros, se agolpaban en mi cabeza.

Besó mi cuello con ansias, dejándome claro que lo deseaba de verdad. Comenzó a bajar la mano hasta mis piernas y subió hasta el pantalón, metiendo los dedos en el filo y rozando mi tanga con sensualidad. Se acercó a mi oído mientras tanto, lamió parte de mi oreja y susurró:

—Seré un gilipollas, pero a ti, rubia histérica, te sigue chorreando con este cabrón en menos de un minuto pegado a tu boca.

No lo recordaba tan seguro de sí mismo ni tan chulesco, pero algo en sus palabras me hicieron palpitar con fuerza. Fue en ese momento de la noche cuando mi plan de venganza se torció.

No le importaba mucho que su novia estuviera dentro, a mí menos. Mientras me besaba me miraba con lujuria, sus pupilas estaban tan dilatadas que daban miedo. Me levantó de aquella silla y arrojó mi cigarro al fuego, vio mi cara de molestia ante aquel gesto que no me gustó nada y levantó una ceja, cuestionándose qué me ocurría.

—Acabas de aparecer y ya estás quitando cosas, como de costumbre —le espeté.

—Lo que te voy a dar es mucho mejor que eso.

—Ya te he probado en muchas ocasiones, permíteme que lo dude —mentí con

chulería.

Me cogió a horcajadas efusivamente, con mis piernas rodeando su cintura y cruzándose por atrás. Abrió la sudadera de un tirón y sacó mis pechos por encima de la camiseta y el sujetador, chupándolos de manera enloquecedora con los ojos cerrados. Conmigo encima comenzó a caminar en busca de los coches, a la salida del chalet. Al llegar al suyo, me metió dentro y acto seguido pasó él. Caí hacia atrás, él aprovechó para bajarme los pantalones y comenzar sin rodeos con aquellas torturas que solía hacerme cuando estábamos juntos, pero que no recordaba de manera tan dura y larga como aquella. Tocaba mi rajita suavemente de arriba abajo y viceversa a través de mi tanga, lamía mis ingles, y con la misma tela masturbaba mi clítoris de un lado a otro, posando sus labios encima de él para hacer creer que lo lamería. Y así muchas veces...

De vez en cuando me tiraba fuerte de los pezones, sabía que me encantaba, y alternaba metiendo dos dedos en mi coño. Empecé a gemir sin poderlo evitar, que era lo que él quería conseguir. Veía que mi cuerpo no podía más, temblaba toda yo, y cuando el orgasmo iba a explotar en mí, sacó los dedos dejándome así.

Lo miré con cara de asesina.

—Mi lengua va a hacer el trabajo duro, no me gusta verte correr con unos simples dedos.

Acto seguido se agachó y comenzó a chupar mi botoncito haciendo círculos en él, absorbiéndolo hacia dentro y fuera. Me encantaba, gemía y chillaba, y mientras tanto, él iba a reventar su pantalón de chándal. Solo bastaron dos lametazos completos con su lengua desde mi culo hasta mi clítoris para hacerme estallar en un impresionante orgasmo mientras presionaba su cabeza contra mi coño.

Subió en mi búsqueda, me besó al tiempo que sacaba su pene del pantalón y me penetraba fuertemente haciendo que casi me desmayase del placer. El alcohol seguía haciendo efecto y yo no tenía reparo ninguno con él, al contrario, tenía más ganas que nunca y me encantaba todo lo que hacía conmigo.

Me folló de mil maneras en aquel pequeño espacio y ni siquiera recuerdo las veces que me corrí (a eso también ayudaría el ron). Justo antes de que acabara, lo hice incorporarse y se la comencé a chupar. No recordaba a la perfección su tamaño, pero algo tenía claro: había crecido en aquellos años.

Primero su glande, rodeándolo con esmero y delicadeza, después continué con su tronco, y así varios minutos, haciéndolo sufrir como él había hecho conmigo, hasta que me rogó que me la metiera entera en la boca. No lo hice al instante, pensé que sería buena idea que sufriera un poco más. Cuando decidí que la tortura ya era suficiente, la introduje en mi boca completamente. Movía mi cabeza con ayuda de sus manos que me empujaban arriba y abajo a la vez que con mi lengua hacía círculos en

su punta. Deliciosa. Tanto que no me cansaba de chuparla. Y entonces acabó. Acabó en mi boca, derramándose dentro de ella mientras se sobresalía por las comisuras.

No solo acabó él, también terminó nuestro momento. Y para qué engañarnos, me dio angustia pensar que sería la última vez que le sentiría así.

Nos fumamos un cigarro, juntos, charlando un poco de nosotros, de cómo nos iba todo, de qué había sido de nuestras vidas hasta aquel momento que nos chocamos en el stop. Y casi una hora más tarde, decidimos volver a las habitaciones para que nadie nos echara en falta.

Al abrir la puerta del coche, cuando nos disponíamos a salir, se quedó perplejo. Allí, en medio de la oscuridad, estaba su novia. Lloraba casi silenciosamente, su rostro reflejaba dolor. Al parecer lo había presenciado todo, o al menos lo necesario para saber qué había ocurrido.

Me recordó a mí el día que ella me hizo lo mismo.

Y entonces yo, delante de sus narices, me coloqué bien los pantalones y la sudadera, le planté un beso a mi ex en los labios y, mirando la cara desencajada de los dos, les dije sonriendo:

—Que tengáis buenas noches, pareja.

Y los dejé allí plantados mientras me marchaba a saborear mi venganza.

El socio de mi padre

Era mi hora libre del trabajo y decidí subir a las oficinas principales a buscar a mi padre para ver si le apetecía acompañarme a almorzar. Entré como una bala en el despacho, incluso siendo la hija del jefe me gustaba cumplir con mis horarios y solo disponía de una hora. Llamé a la puerta y rápidamente pasé sin esperar respuesta alguna. Mi padre no estaba, en su lugar estaba su mano derecha laboral y gran amigo Iván, mi mayor fantasía sexual desde que tenía unos dieciséis años. Estaba apoyado en la mesa del despacho con los codos hincados, con una mano sujetaba el teléfono móvil por el que hablaba con alguien y con la otra tomaba apuntes en un pequeño papel.

Por aquel entonces, Iván tenía treinta y tres años, doce más que yo. Soltero, pero con muchas mujeres a su alrededor para divertirse, y alguna de la que escasas ocasiones se había pillado. Moreno, con unos ojos azules que se impregnan en tus pupilas y te hacían perder el sentido hasta que él decidía no hacerte babear más. Unos labios no demasiado gruesos, sonrisa sensual y un cuerpo musculoso con abdominales notables en sus impolutas camisas siempre limpias y perfectamente planchadas.

Normalmente no me hacía ni pizca de caso, supongo que para él siempre había sido la hija pequeña de su socio y amigo, a la que conocía prácticamente desde que llevaba un traje blanco de comunión y jugaba con muñecas. Por aquel entonces yo ya no era así y quería que él me mirara con otros ojos. Podría haberlo intentado alguna vez, pero jamás me insinuaba a un hombre. Mi atractivo natural me había permitido siempre tener a mi merced a cualquiera de ellos, pero Iván ni siquiera me observaba con otra intención que no fuera cariño o simpatía.

Levantó la mirada y al verme sonrió. Le devolví la sonrisa y muy bajito para no interrumpir su conversación le informé que me marchaba. Él me hizo un gesto señalando la silla para que me sentara a esperarlo. Tomé asiento y esperé a que colgara el móvil.

—¿Qué te pasa, preciosa? —Solía utilizar aquel apelativo conmigo.

—He venido a buscar a mi padre para almorzar, ¿sabes dónde está?

—En una comida con los alemanes, pero espérame un minuto que coja la chaqueta y te invito.

Sonreí, lo esperé y rápidamente salimos de las oficinas mientras nos decidíamos por comer en un restaurante italiano que estaba cerca del trabajo.

Comíamos unos deliciosos canelones de carne y pasta a la carbonara. Charlábamos de todo un poco, sobre todo del trabajo, cuando, entretenida enrollando mis espaguetis, lo pillé mirándome el escote descaradamente. Me gustó ver que por

fin llamaba su atención como mujer. Y es que, aunque fuera la pequeña de su socio y amigo, también tenía dos tetas. Levanté la cara y le sonreí. Creí que apartaría la mirada o que se avergonzaría de la pillada, pero no, siguió mirándome los pechos y seguidamente los ojos. No sé en qué pensaría, pero si normalmente sus ojos ya me volvían loca, ese día casi me corro encima, en medio de aquel restaurante. Su mirada por primera vez era diferente, tenía el entrecejo un poco fruncido y sus pupilas estaban dilatadas.

No sé cuánto tiempo estuvo allí parado, mirándome mientras comíamos, pero me puso tan nerviosa que decidí dar el almuerzo por terminado y marcharnos a trabajar.

El recuerdo de lo ocurrido ese día me acompañaba diariamente en mis horas de trabajo, en la ducha y en mi cama mientras me masturbaba fantaseando con él, aunque para mi desgracia no volvió a ocurrir nada más, no hubo más encuentros, ni almuerzos, ni miradas... Hasta que aquel jueves, aquel bendito jueves, sonó mi recibidor de llamadas de las oficinas y escuché:

—Preciosa, sube cuando tengas un hueco. Tengo ganas de almorzar contigo de nuevo.

Me quedé en silencio, sin saber qué decir, haciendo como la que no estaba en el interior de la oficina.

Era Iván.

Me recompuse un poco en el baño. Llevaba el pelo recogido en un moño sencillo y unos mechones ondulados caían sobre mi cara favoreciéndome el rostro. Desabroché un botón de mi camisa blanca para resaltar mi escote y me alisé la falda azul marina que terminaba por encima de mis rodillas. Repasé mi maquillaje y, nerviosa, cogí el ascensor que me llevaba a la puerta de su despacho.

Golpeé la puerta y su voz sonó dentro de la estancia con un sencillo «adelante».

Al verme sonrió, se levantó de la mesa y cerró la puerta con el pestillo a espaldas mías y suyas. No me dio tiempo a analizar el porqué de esa puerta cerrada, de la rapidez con la que lo había hecho. Solo escuché sus palabras justo antes de sentirle cerca:

—Lo siento, pero ya no puedo más.

Se lanzó sobre mí y me empujó hasta un rincón de su despacho sin apartar sus ojos de los míos. Me besó y, sin tiempo que perder, desabrochó mi camisa dejando a la vista mis pechos cubiertos por el sujetador blanco. Me subió la falda, bajó mis bragas tirándolas lejos y empezó a acariciar mi rajita. Comprobó lo húmeda que estaba y sonrió. Metía sus dedos con fuerza dentro de mí, y yo me arqueaba y mordía los labios para no gemir allí, donde muchos nos podían escuchar. Él, viendo mi entrega, comenzó a bajar dando besos hasta llegar a mis tetas, las que sacó del sujetador y comenzó a chupar hasta poner duros mis pezones.

Yo también comencé a tocarle, desabroché su camisa de un tirón y resbalé mis dedos por su abdomen hasta bajar a su pantalón. Saqué aquello con lo que tantas veces había soñado y sonreí inconscientemente al ver que era mucho mejor que en mis fantasías. Era bastante grande, pero sobre todo muy gruesa. No lo pensé, me moría de ganas. Me agaché hincando las rodillas en el suelo y me la metí en la boca con anhelo.

Lo oía gemir bruscamente mientras echaba la cabeza hacia atrás. Con sus manos sujetaba mi pelo y me movía la cabeza al ritmo que quería que se la chupara. Me gustaba su sabor, esperaba repetir aquello cada día, en cada almuerzo.

Se iba a correr cuando se detuvo y me levantó del suelo, poniéndome a horcajadas sobre su pene. Me penetró así, varios minutos, haciéndome gozar y reprimiendo mis gemidos apoyando mi boca sobre su hombro desnudo mientras sentía mi piel extremadamente caliente sobre la fría pared.

Me giró sobre sus brazos, dio unos pasos hasta su mesa y me tumbó sobre el escritorio abierta de piernas.

—Lo siento, preciosa, pero hoy te toca invitarme a comer.

Y sin decir nada más, se dirigió a mi sexo para comérselo con ansias hasta regalarme un estupendo orgasmo mientras me aferraba a su cabello.

Me folló sobre la mesa, contra la pared y en su sillón hasta que eyaculó dentro de mí sin preguntar siquiera.

Relajados en aquel sillón, uno encima del otro, sonó el contestador. Me sobresalté al escuchar la voz de mi padre:

—Iván, no encuentro a mi hija por ningún lado, ¿la has visto? Han pasado quince minutos de la hora de su almuerzo, algo importante ha debido ocurrir para que ella no aparezca a su hora y no haya avisado.

«Y tan importante», pensé mientras sonreía en aquel momento.

«Y tan importante», volví a pensar nueve meses después, a la vez que le entregaba a su nieto en brazos, el hijo de su amigo, mano derecha y socio.

El amigo de mi hermano

Brian pasaba de mí, siempre, por mucho que me doliera. Lo hizo durante once años y no hubiera estado mal que lo hubiera hecho de por vida.

Trece años tenía la primera vez que sentí mi cuerpo comportarse de manera extraña. Recuerdo con todo detalle el día en que entré en el dormitorio de mi hermano Miguel, y lo vi a él durmiendo en la cama supletoria. Me quedé observándolo desde la puerta, descansaba su moreno cuerpo encima de las sábanas y solo lo cubría unos ajustados bóxer blancos que resaltaban un gran bulto. Me abrumé demasiado. La alta temperatura ambiente se mezcló con la aún más sofocada mía corporal. Recuerdo también perfectamente cómo quise que la tierra me tragase cuando Brian se movió, abrió los ojos y se quedó mirándome extrañado, preguntándome, seguramente, qué cojones hacía yo allí pasmada y observándole.

Salí corriendo a mi habitación y muerta de la vergüenza me cubrí con las sábanas. Sábanas que por primera vez se empaparon de mis fluidos mientras me masturbaba pensando en un chico. En el amigo de mi hermano.

Cuando conocí a mi actual novio, Gabriel, creí haberme olvidado del enfermizo e iluso amor que había sentido tantos años por Brian. Nunca me hizo caso, en innumerables ocasiones declaré mi amor y me insinué, pero él solo me veía como la hermana pequeña de su amigo. Hasta que por fin, cansada de perseguir un amor imposible, tiré la toalla y me entregué completamente a Gabriel, hasta el hecho de casarme con únicamente diecinueve años.

Era la boda de Miguel, tras muchos años, al fin había sentado la cabeza y tomado la decisión de hacer formal su relación con Irina, su novia.

Ya era la hora de bailar, cantar, sobrepasarse bebiendo... Y yo estaba desbocada. Disfrutaba muchísimo bailando aquellas típicas canciones de bodas, saltando y riendo cuando alguien me sujetó por la cintura levemente y rozó su cuerpo contra el mío al son de la música. Seguí el ritmo de aquellas caderas pensando que era mi prima Carolina la que bailaba conmigo, como había hecho todo el tiempo.

Giré en dirección al cuerpo allegado para continuar con otra coreografía y mi corazón dio un vuelco cuando descubrí a Brian ahí plantado ante mí, con su hermoso pelo rizado negro revuelto, sus ojos canela chispeantes y aquella hermosa sonrisa que, de pronto, grabó en mi mente cada vez que mi pecho había suspirado por ella.

—Estás preciosa —dijo.

Y solo esas dos palabras bastaron para deshacer el gran escudo que año tras año construí ante él. No le contesté, mi mirada fue a parar al balcón de aquel gran salón de

celebraciones. Había visto por última vez a Gabriel allí, fumando con algunos familiares míos. Exacto, allí estaba. Charlaba tranquilamente en el mismo lugar mientras mi cabeza se repetía ese «estás preciosa» miles de veces y mi cuerpo respondía a tenerlo frente a mí, sintiéndome demasiado mala persona por experimentar aquella sensación tan profunda con un simple piropo de cortesía. Pero no, para mí no era un simple piropo. Era un piropo de Brian, un roce de Brian... El mismo que me ignoró once años mientras yo mendigaba su atención.

—Saray, ¿estás bien? —Su voz sonó preocupada y supe que tendría que reaccionar con rapidez para ocultar el asombro que me había producido verle.

—Sí, perfectamente. Si me disculpas, voy a servirme una copa.

Y me marché como una cobarde. Al fin y al cabo siempre lo fui. Cuando lo di por imposible y en aquel momento que debería haberle preguntado de qué coño iba su juego.

La noche se me hizo incómoda, bailaba con Gabriel, con Carol, con mis padres... pero siempre bajo su atenta mirada que me ponía más y más nerviosa, obligándome de vez en cuando a repasar su escultural cuerpo apoyado sobre una columna, los brazos fuertes que se avistaban con la camisa remangada, las manos metidas en los bolsillos del pantalón y su mirada clavada en mí sin intentar ocultarlo.

—Cariño, estás sudando.

—Sí, tengo calor —le sonreí—, iré al baño a echarme un poco de agua.

—Te acompaño.

—No hace falta, estoy bien, solo he bebido un poco de más.

«No hace falta cariño, estoy bien, solo es que Brian está ahí, mirándome, sofocándome, calentándome con solo observarme...».

Sujeté el filo del vestido para no arrastrarlo y desaparecí camino al baño. Me postré ante el lavabo, cogí un poco de agua entre las manos y la pasé por mi nuca, intentando no estropear el recogido del cabello. Me miré en el espejo y me reprendí a mí misma. Aquello no podía ser, no estaba bien pensar en otro que no fuera mi marido.

Como un espejismo, el mismo chico de mis pensamientos entró abriendo la puerta de par en par, pegando un fuerte portazo. Miró un segundo hacia el lado contrario al que me encontraba, dirección a los váteres, pero al notar la presencia de la chica a la que buscaba se abalanzó de dos grandes zancadas sobre mí y, sin dejarme analizar nada, me besó mientras desabrochaba su corbata.

Sentí su boca sobre la mía con un ligero sabor a champán, su lengua ávida, sus carnosos labios que besaban a la perfección.

No, no, no.

Lo aparté como pude empujando su pecho inútilmente, me tenía acorralada contra

los lavabos y su boca sabor champán volvió a fundirse con la mía. Sí, fundirse. Porque yo lo permití, porque le abrí paso de nuevo para dar la bienvenida a su cálida lengua que encajó con la mía como si de toda la vida se conociesen.

—¿Qué haces, Brian? —conseguí preguntar entre beso y beso con la respiración alterada.

—Follarte.

Desabrochó su camisa color cielo mientras yo me cuestionaba por qué no lo hacía parar. ¿Follarte? ¿Qué respuesta era esa? ¿Por qué ahora después de tanto tiempo y con tantas ansias?

—¿Por qué ahora? —cuestioné dando rienda suelta a mis pensamientos.

—Porque llevo toda la noche observando cómo me miras, cómo te contoneas y me provocas. —Su voz sonaba tan sexy, tan ronca... que no pude evitar que la mía sonara igual de excitada.

—Yo no te provoqué, ni siquiera he advertido tu presencia.

—Lo sé, cariño, quizá ni siquiera lo hagas conscientemente —atrapó mi mano con la suya y la llevó al pantalón, haciéndome tocar un gran bulto—, pero mira cómo me la pones... Como aquel día que te pillé observándome en la habitación de Miguel.

No me atreví a masajear su bulto, aunque tampoco aparté la mano.

Sus manos recorrieron mis piernas para subir el largo vestido hasta mi cintura mientras notaba su cuerpo muy pegado al mío.

—Te voy a confesar algo... —Sus labios comenzaron a rozar el lóbulo de mi oreja y su lengua lo masajear realizando pequeños círculos—. Aquella noche, tras marcharte, te seguí sigilosamente hasta la habitación, me postré tras la puerta y escuché tus pequeños gemidos mientras te tocabas.

Mis ojos se abrieron ante su confesión, a la vez que mi coño, literalmente, chorreaba con aquellas palabras que me excitaban más aún.

—Y, ¿sabes qué? —me preguntó de nuevo mientras me sentaba sobre los lavabos y se agachaba ante ellos—. Yo me pajeé en la puerta y también pensé en ti. En ti y en este coñito que entonces era virgen y apretado.

Pegó el primer lengüetazo, cerré los ojos. Gemí bajito de placer y decidí disfrutar del momento más esperado de mi vida sin pensar en Gabriel, en que alguien pudiera pillarnos, ni en absolutamente nada más que no fuese en mí.

—Lo hice muchas noches pensando en ti. Me la tocaba imaginando follarte de mil maneras, pero solo podía imaginar... Eras menor, Saray, y no podía acercarme de la manera que yo deseaba...

Chupó más, añadiendo sus dedos a la danza de su maravillosa lengua, haciéndolos chocar con fuerza, sonando húmedos por mi culpa y por la suya, por lo que provocaba en mí.

—Sabes genial, mejor que en mis fantasías —dijo mostrándome de nuevo sus ojos brillantes. Pero yo no quería verlos, quería que se enterrara en mis piernas.

Agarré su pelo rizado y empujé su cabeza hasta mi coño, obligándolo a darme placer hasta que me corrí fuertemente en su boca mientras por fin, gritaba su nombre. Se incorporó mirándome a los ojos a la par que desabrochaba su pantalón gris y sacaba la bestia que guardaba dentro de aquel habitáculo asfixiante. Sonrió al ver mi cara de asombro.

—No te asustes, nena, ya no tienes un coñito virgen, aunque sí muy apretadito. Se agachó a darle otra rápida lamida y subió a mi altura para besarme mientras despacio se acomodaba entre mis piernas, penetrándome tan sutil, que notaba cómo cada centímetro de él me llenaba.

No paraba de hablar, de apremiarme, como si por fin me estuviera diciendo todas aquellas cosas que había guardado durante años.

El ritmo aumentó a la vez que los bocados que propinaba a mis sensibles pezones a través del vestido, haciéndome gemir de placer sin controlar mi tono de voz.

Miré su rostro mientras me follaba duro contra el lavabo. ¿Qué hacía? Yo amaba a Gabriel... ¿Por qué permitía aquello?

¿A quién quería engañar? La culpabilidad se marchó de mi mente cuando Brian me comenzó a embestir como un salvaje haciendo que me corriera varias veces más.

—Déjame correrme en tu boca, por favor, Saray. Cumple mi más ansiada fantasía.

Y lo hice, lo hice porque él cumplió la mía después de once interminables años, dejándome anonadada tras su gran orgasmo en mi boca.

—No te vayas ahora, después de tantos años esperándote —me pidió—. Ahora no, por favor.

—Lo siento, Brian, se me hace tarde, como a ti también se te hizo. Mi marido estará preocupado.

Y me marché, dejándolo allí plantado como tantas veces me había dejado él a mí.

Factor sorpresa

Isabel y yo habíamos emprendido juntos una empresa de transportes nacional que, aunque creció con rapidez y avanzó a pasos agigantados en tan solo año y medio, también nos proporcionó bastantes quebraderos de cabeza. Una vez al mes, tanto mi mujer como yo, alternándonos para no faltar en nuestro puesto, nos permitíamos visitar un centro de masajes en el que solíamos dejar el estrés acumulado de todos los días pasados. Natasha, la masajista habitual que nos atendía a los dos, se encargaba siempre de ello; unas veces tratando a los músculos de manera brusca y dolorosa para terminar con las contracturas, y otras centrándose en la relajación de los mismos.

Aquel día, como de costumbre, la recepcionista me dio paso a la sala, me desnudé y me acomodé bocabajo con la toalla cubriéndome zonas más explícitas. Poco tiempo después, oí cómo la puerta se abría y cerraba de nuevo, dándole paso a Natasha.

—Buenas tardes.

Mi cuerpo se tensó de manera involuntaria, pues la voz que resonó en mis oídos era la de un hombre. Alcé la cabeza y me giré a mirarle. Un tío alto y de cuerpo trabajado con unos cuantos años menos que yo, se acercaba a las estanterías de los aceites corporales.

—Buenas tardes —dije sin más.

No me gustaba la idea de tener a un tío ahí conmigo, toqueteándome, y sabía que no iba a disfrutar de aquella sesión como normalmente lo hacía.

—Natasha no ha podido venir hoy, y quizá se ausente algunos días más. Mi nombre es Miguel —me explicó mientras preparaba la música relajante y atenuaba la luz.

No respondí, me limité a enterrar la cabeza de nuevo en la camilla a la par que me mentalizaba en que otro tío iba a poner las manos encima de mí.

Escuché sus pasos acercarse y me tensé todavía más. El primer contacto casi me hace saltar inconscientemente, haciendo que el tal Miguel se diera cuenta.

—Necesito que te relajes. Descruza las piernas y respira hondo mientras comienzo con la zona de la espalda.

Intenté hacer caso a sus recomendaciones y respiré hondo al mismo tiempo que pensaba en lo surrealista de la situación... Yo, que me hubiera reído de cualquier amigo al que le ocurriera aquello, lo estaba viviendo en primera persona. Sus manos se posaron en mi espalda de nuevo y, aceitosas, comenzaron a deslizarse por mis hombros con presión.

Seguí respirando con profundidad hasta que la fuerza y a la vez delicadeza de Miguel consiguieron evadirme y que dejara de pensar en aquello. Noté que mis

hombros caían hacia abajo, tocando de nuevo la sábana de la camilla, y se extendían con tranquilidad sobre ella mientras el masajista continuaba con su trabajo. Mentalmente me reconocí a mí mismo que estaba experimentando una sensación mucho más placentera que otras veces en manos de Natasha, pues notaba cómo mi cuerpo de buenas a primeras dejaba de sentirse sobre la camilla y se relajaba tanto que parecía flotar.

Las manos del chico habían pasado a moverse por todo mi cuerpo casi sin percatarme. Tocaban las piernas, los laterales, subían por mi cintura y masajearon hasta los hombros para volver a comenzar de nuevo desde arriba. Inconscientemente, y supuse que porque en ese punto de relajación no tienes en cuenta nada más, sentí cómo una erección crecía en mi pantalón. Me horrorizó el hecho de que aquel tío se percatara de ello y pensara cosas que no eran.

Como si pudiera entrar en mi cabeza y sentir aquel pánico por el que estaba pasando, escuché la voz de Miguel decir:

—Dese la vuelta, por favor.

Estuve unos segundos bloqueado, sin saber qué hacer ni cómo enfrentarme a ello. Cerré los ojos y los apreté con fuerza, intentando pensar en cosas que bajaran aquel inoportuno empalme.

—No se preocupe —dijo de nuevo, como si supiera a lo que me estaba enfrentando—, es más común de lo que piensa y a la mayoría de los clientes les ocurre, por no decir a todos. Vamos, dese la vuelta.

Suspiré con pesadez y muerto de vergüenza sujeté la toalla y me giré, dejando un gran bulto alzado bajo ella. Por primera vez miré a Miguel detenidamente, pues él, aunque había intentado disimularlo, se había quedado observando mi polla de manera directa. Me incomodó tanto que me entraron ganas de marcharme, pero entonces, el chico volvió a verter aceite, a posar sus manos sobre mí y a moverlas sobre mi pecho con maestría, consiguiendo con ello dos cosas: que la erección no menguase y que no me importara en absoluto.

La música tranquila, la luz tenue, el chico manejándose sin importarle el detalle de mi toalla alzada, el aceite y el masaje fueron una combinación perfecta para dejarme hacer sin más.

Miguel continuó y continuó, dándome la sensación de que el masaje se alargaba más de lo previsto, hasta que por fin supe el porqué de aquella demora. El chico rozó mi entrepierna por encima de la toalla y, antes de que me diese tiempo a protestar, la apartó de un tirón y sujetó mi polla con una de sus manos aceitosas.

—¿Qué haces? —pregunte sin demasiada alarma, para mi sorpresa.

—Tranquilo —susurró—, cierra los ojos y disfruta. No pienses en nada. Después de todo sentirás lo mismo que si fuera una mujer.

Abrí mucho los ojos cuando bajó la mano dejando al descubierto mi glande, la volvió a subir recubriéndolo y, sin más, acercó su boca y se incrustó mi falo de manera completa hasta la garganta. Un gemido salió de mi garganta de manera involuntaria y, aunque luché por frenarlo, irremediablemente me dejé hacer. La fricción de su garganta, la presión de sus labios, la velocidad de su vaivén, su otra mano acariciando mis testículos con conocimiento... Una maestría mucho más desarrollada que la de cualquier mujer que me había proporcionado una felación y, por tanto, un orgasmo que no tardó en llegar, por mucho que mentalmente intentara controlarlo.

Miguel permitió que todo mi contenido se volcase en el interior de su boca, haciéndolo desaparecer. Tras ello, en los dos o tres minutos que necesité para recobrar la compostura, el chico se retiró unos pasos, cogió un gran trozo de papel, me limpió sin mirarme a los ojos, y cuando terminó me dijo:

—Puede marcharse. Espero que el masaje haya sido satisfactorio y nos veamos en otra ocasión.

Salió de la sala y yo me quedé tumbado en la camilla, bocarriba, desnudo, relajado, extasiado por tanto placer, asombrado con mi reacción, con lo que acababa de ocurrir... Y pensando que, ojalá, en la próxima visita, se presentara de nuevo aquel factor sorpresa con el que no contaba.

Una despedida de soltera con fusta incluida

La fiesta de despedida llevaba descontrolada un buen rato. Hanna, desde una silla alejada considerablemente de las demás, observaba de reojo lo que ocurría; el gigoló se acercaba peligrosamente a toda aquella que estuviese animando, dando palmas o gritando a pleno pulmón. Su miembro recorría al son de la música los rostros de todas ellas y, al final, siempre terminaba en sus bocas, las que trabajaban lamiendo su prepucio sin importar nada más. La novia, aquella misma chica que se casaba por amor, que supuestamente esperaba su gran día, estaba sentada —casi tumbada— en una silla con las piernas alzadas, sujetas de los tobillos por dos amigas más. La falda se había subido hasta su cintura y las bragas desaparecido mientras el gigoló se la follaba con furia. Hanna reparó en la actitud chulesca y poderosa del chico joven y reprimió una sonrisa. Víctor creía saber de sobra que todos los fluidos, las hormonas y el calor de aquella habitación eran única y exclusivamente producidos por él y la seguridad que mostraba al moverse entre tanta mujer. Y digo «creía», porque estaba totalmente equivocado. Había unas bragas húmedas y unos pezones erectos provocados por todo lo contrario; Hanna no se dejaba sorprender por aquel tipo de actitudes fingidas, sino que sacaba la verdadera personalidad de un plumazo. O de un varazo.

Siguió durante un buen rato con su papel de chica reprimida y asustadiza, pues, sabía de sobra, que no había cosa que excitara más a un hombre que el poder sobre una mujer, más si era en la cama. Y no se equivocaba. Víctor intentó concentrarse en su trabajo, pero, de manera inconsciente, sus ojos volvían una y otra vez a aquella mujer bonita que se mostraba avergonzada por lo que veía y hacían sus amigas.

Pensó que él, que era uno de los mejores en su trabajo, podría hacer desaparecer aquel pudor sin esfuerzo. Desocupó el interior de la novia, y se acercó a Hanna con una sonrisa en la boca. Decidió ir despacio, no quería asustarla. Se movió sensual ante sus ojos castaños y asustadizos, descendió de manera lenta y se quedó unos segundos ahí, intentando captar una mirada que no se alzaba.

«Mírame», quiso ordenarle, no obstante, calló.

Posó su dedo sobre el mentón de aquella mujer y lo elevó para que sus ojos chocaran, al hacerlo, sintió que su polla reventaba. Jamás había lidiado con una mirada tan oscura, tan perversa. Aturdido, tuvo que apartarse, no sin antes escucharla decir:

—A las tres en la veintidós.

El chico supo de sobra que se refería a su habitación y, también supo, a pesar del escalofrío que la mirada de aquella mujer le había producido, que estaría allí como un clavo.

Golpeó la puerta con decisión, aunque poco le duró la seguridad al percatarse de que nadie aparecía tras ella. Minutos después, la tímida mujer de la despedida abrió y le invitó a pasar sin mediar palabra. El joven la escudriñó mientras se adentraba en una habitación pulcramente ordenada, sin más luz que un sencillo foquito anaranjado que se encontraba en una esquina, convirtiendo el lugar en algo más íntimo. La mujer era mayor que él, al menos quince años. Aquello no pudo más que excitarlo, pues le demostraría como un joven de veintipocos conseguía que se corriera como nunca.

Sin hablar, se acercó a ella de manera decidida, dispuesto a besarla, pero la mano de ella sobre su pecho lo detuvo de un firme empujón.

—Siéntate ahí —ordenó Hanna con determinación, señalando una silla pegada a una pared.

Víctor obedeció sin rechistar.

Hanna se contoneó mientras caminaba hacia la cama. De espaldas a él, bajó a través de su cuerpo el vestido rojo que había tenido durante toda la noche, hasta dejarlo caer en el suelo. Solo unos tacones altos, un ligero y un sujetador negro quedaron a la vista del joven. Nada de bragas sobre un sexo depilado y demasiado apetecible para estar tan lejos.

—¿Estás empalmado? —le preguntó aquella mujer, él solo pudo asentir embobado—. Eso espero.

Víctor observó sin perder detalle cómo Hanna se inclinaba dejándole una perfecta visión de su trasero, abría el cajón de la mesita, sacaba un par de guantes de cuero y se los colocaba despacio, de manera extremadamente sensual, comportándose como si él no estuviese allí. Tras ello, echó hacia atrás la colcha que cubría la cama y sacó de debajo de la almohada una fusta de cuero del mismo color que los guantes. La acarició de un extremo a otro y la llevó hasta su nariz, por donde la deslizó para capturar su aroma. Víctor tembló. Lo hizo con una mezcla de morbo, desconcierto y, si no fuese tan valiente, diría que incluso miedo. Hanna fingió no percatarse de nada y caminó con el mismo contoneo de caderas hasta el armario, de donde sacó un sombrero negro que se colocó de forma inmediata y un pintalabios rojo con el que repasó sus definidos labios.

—¿Cómo te llamas? —interrogó el chico en un intento de conectar con la mujer y coger más confianza.

—Eso no es de tu incumbencia. —Se giró quedando frente a él con los ojos cubiertos por la sombra del sombrero—. Lo único que realmente te interesará al salir de aquí, es que el color de mis labios quede marcado sobre tu polla y que yo haya

quedado lo suficientemente satisfecha.

Sus tacones sonaron mientras se acercaba a Víctor. Se detuvo cuando solo unos escasos centímetros les separaban, y no se agachó, quedando su abdomen desnudo a la altura de los ojos de él.

Sujetó la vara por los extremos y la colocó delante de la nariz del joven.

—Huele —volvió a ordenar.

Víctor inspiró el fuerte olor a cuero mientras ella la deslizaba de derecha a izquierda. Tras ello, se apartó, se sentó en la cama situada frente a él y, muy lentamente, abrió las piernas. Lo miró fijamente, sabiendo el poder que sus lascivos ojos tenían sobre los hombres y, sin perder el contacto visual en ningún momento, golpeó de manera directa su sexo. En la habitación solo resonó el chiflido de la fusta y el impacto sobre su coño mojado. Segundos después, la respiración alterada de Víctor acompañó al silencio.

Estaba frenético. Sentía cómo la sangre galopaba desbocada por sus venas, cómo su falo rogaba ser liberado del pantalón con urgencia... Necesitaba levantarse de la silla y tumbar sobre la cama a aquella tía que en un principio le había parecido tímida y aburrida, meterse dentro de ella y maltratarla a estocadas hasta que le suplicase compasión. Sin embargo, algo le advirtió que no debía moverse, una voz interna que quería protegerle de aquella mujer, quizá.

Hanna repitió varias veces más la acción; Víctor creyó perder el sentido en el momento exacto en el que la fusta se introdujo de manera lenta en la vagina de la morena, y salió reproduciendo el sonido característico de una pequeña piedra golpeando con un río.

Eso parecía Hanna; un río desbocado que orientaba su cauce hacia los tobillos.

Él había visto muchos tipos de mujeres, había llegado a conocer el momento cumbre del placer de cada una de ellas, se había sorprendido alguna vez con los chorros que estas eran capaces de expulsar..., pero nunca había experimentado aquellas convulsiones involuntarias de su polla, al observar cómo una mujer se derramaba sobre sus propias piernas, empapando el ligero y los tacones con solo golpear su clítoris con una vara e introducirla una única vez en su interior.

—Quiero...

El joven intentó hablar, pero Hanna no lo permitió. Se colocó el dedo índice sobre los labios y no le hizo falta reproducir sonido alguno para que él mantuviera la boca cerrada.

La mujer se levantó con calma, se acercó a Víctor y se agachó para desabrocharle los pantalones y sacarle la polla. Estaba muy dura, mucho más de lo que había estado mientras se follaba a cualquiera de las chicas en la habitación donde se había celebrado la despedida de soltera. Era gruesa y venosa, como le gustaban a ella.

De nuevo acercó la fusta a la nariz del gigoló, que en aquel momento parecía pequeño, a pesar de su fibroso cuerpo.

—¿Huele a mí?

Inspiro aquel aroma a mujer y sexo. Era la primera vez que lo apreciaba tan intenso.

—Aquí estamos para conseguir mi placer, tú ya has disfrutado suficiente fuera.

Víctor no protestó, estaba demasiado concentrado en intentar no correrse con el simple roce de los guantes de cuero que sacaban su miembro del pantalón.

—¿Sabes qué pensaba mientras te las follabas, las hacías correrse y te corrías tú? —Él negó—. Que todo ese cúmulo de fluidos y saliva serían míos ahora. Por eso he esperado pacientemente.

Hincó las rodillas en el suelo y se acercó a aquella palpitante polla. La olió con placer, cerrando los ojos incluso, se la metió en la boca y saboreó el prepucio con tanta calma que Víctor creyó desfallecer. Cuando ella la notó dura, y a pocos segundos de derramarse, se apartó, se colocó encima del chico y se ensartó sintiendo una estocada de aquel impresionante falo.

—Ni se te ocurra correrse, ¿me oyes? —Víctor asintió, pero dudaba poder cumplir su palabra—. Has venido a mi habitación y no saldrás de aquí hasta que me des lo que me debes.

Subió y bajó sin parar sobre la longitud de aquel valiente que, ante una verdadera mujer, se había convertido en un cobarde.

—¿Qué te debo? —preguntó jadeante, luchando por no explotar en cualquier momento.

Ella echó un vistazo a su derecha, buscando el número de la habitación y, al visualizarlo, respondió:

—*Veintidós gemidos.*

Sobre la autora

Noelia Medina nació en Carmona (Sevilla), en 1994.

Su recorrido literario comenzó cuando la razón le dio permiso para plasmar ideas en un papel. Con el tiempo, se dio a conocer en una popular web de relatos eróticos en la que actualmente, se mantiene en los primeros puestos del ranking. Con solo diecinueve años, se embarcó al mundo empresarial montando un pequeño negocio de pan con ayuda de su familia, dónde entre cliente y cliente, rebasó la línea de los relatos y comenzó a dar vida a las historias que se formaban en su cabeza, consiguiendo el título más importante de su vida, con el que siempre había soñado: ser escritora.

Autora del libro *Hoy he soñado contigo* (2017) reeditado con LxL y colaboradora en el periódico *El Grifo Información. Donde caben dos, caben tres*, llegó en 2016, y ahora, nos presenta una nueva recopilación de relatos bajo el sello Bookit, llamados: *22 Gemidos*, donde el erotismo, nos abrasará.



El té de la felicidad

Cornejo, Mercedes

9788416609826

157 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hanna y Alice, son dos estudiantes que tras terminar su carrera de medicina, deciden tomarse unas vacaciones en Mojácar, un pueblo de Almería, donde la fiesta y el alcohol están servidos.

Tras conocer a Pablo y Mario, ambas amigas vivirán un tórrido romance con los españoles que las dejaron marcadas tras su vuelta a Oxford.

Por otra parte, Pablo, totalmente enamorado de Hanna, cometerá la locura de ir en su busca a Oxford, sin imaginar que se encontraría allí con una vida diferente a la que hubiese podido pensar que ella llevaba. ¿Conseguirá Pablo llevársela a España?, ¿qué ocurrirá entre ellos tras la visita sorpresa y sus inconvenientes?

Sorpresas, locuras, risas y mucho té, te esperan en El té de la felicidad, una novela romántica que te enamorará.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sandra Zarcos

Tú me cambiaste la vida

«Un día que
no hayas sonreído,
será un día perdido...»



BookIt



Tú me cambiaste la vida

Zarcos, Sandra

9788416609772

115 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dayanne desde pequeña tuvo claro lo que quería en su vida, y un hombre no entraba en sus planes. Gracias a sus dos mejores amigos, consigue sobrellevar un poco las culpas del pasado, que sin darse cuenta, la siguen atormentando.

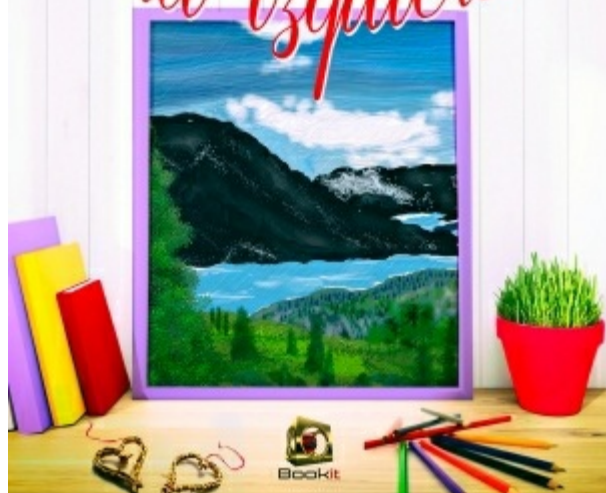
Sin quererlo, un hombre pondrá su vida patas arriba, haciendo que se replantee nuevas oportunidades junto al rumbo de su vida.

¿Podrá perdonar una mentira tan cruel y ruin a la persona que le robará el corazón?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Sara Witch ✦

Segundo sueño a la izquierda



Segundo sueño a la izquierda

Witch, Sara

9788416609925

280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"A veces la vida, nos tiene preparado un camino que nunca habiéramos imaginado".

Tras la muerte de su tío, el destino de Sara da un giro inesperado. Su tranquila existencia variará de forma sorprendente. Deberá aceptar unas condiciones del testamento, que cambiaran su vida.

Samuel por su parte deberá aclarar su manera de vivir, tras la muerte de su padre, variará su perspectiva de las cosas. Desde el momento en que conozca a Sara, ya nada será lo mismo...

Todo puede complicar las cosas... o no. ¿Quieres descubrirlo?

Pasión, amor, odio, celos...una mezcla explosiva, que te atraparé en esta historia de Sara Witch.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cristin Ferro

Las vueltas que da la vida



Las vueltas que da la vida

Ferro, Cristin

9788416609758

263 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Victoria es una recién licenciada, una mujer de armas tomar, desagradable y muy desconfiada, pero buena amiga de sus amigos. ¿Cuántas veces habrá escuchado las expresiones?; "las vueltas que da la vida" o, "¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?"

Hace nada estaba con Fran, su amigo inseparable, en la fiesta de graduación y un rato después se despertó acompañada de un completo desconocido y su mente llena de lagunas...

¿Qué ha pasado en aquella habitación? ¿Puede una chica que ha tenido una adolescencia complicada encauzar su vida, tanto en el plano personal como profesional?

Los meses pasan y Victoria sigue sin recordar que paso esa noche. Solo recuerda cierta parte de su anatomía masculina que la hace sofocar y andar por las nubes. Hasta que un fatídico día, el destino lo vuelve a poner frente a ella... ¿Él la reconocerá? ¿O tendrá lagunas como ella? Sus amigos la apoyarán en una disparatada aventura que es su vida, donde encontrará el amor, ¿o no?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Bilogia
Siempre es amor

Giselle Amorós

*No dudaré,
Carla*

Balog

No dudaré, Carla

Amorós, Giselle
9788416609413
198 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Carla es una joven casi entrada en la treintena que tras una relación fallida ha decidido priorizar su independencia al amor. El problema es, que cuando por fin encuentra el trabajo perfecto, Cupido hace de las suyas. Un amor que de un plumazo la puede devolver a la casilla de salida, algo que ella no está dispuesta a consentir.

Por otro lado, Arcadi, es un empresario de éxito pero muy inseguro en su vida personal y lo que menos le apetece es enamorarse de ella. Intenta alejarse todo lo posible pero, obviamente, necesita tener una relación laboral con Carla.

¿Conseguirán estar separados? Averígualo en: No dudaré, Carla.

[Cómpralo y empieza a leer](#)